

Selección TERROR

Adam Surray

EL SINIESTRO DOCTOR STERNBERG


SELECCION
TERROR

EL SINIESTRO DOCTOR STERNBERG

ADAM SURRAY



Colección

SELECCION TERROR n.° 584

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

579 — *Aguijón mortífero*. Joseph Berna.
580 — *la venganza de los espíritus*. Burton Haré
581 — *Dedos asesinos*. Curtis Garland.
582 — *Mi bella monstruo*. Lou Carrigan.
583 — *Miedo en el Oriente Exprés*. Curtis Garland.

ISBN 84 02 02506 4
Depósito legal: 8. 22,521 —1984
Impreso en Esparta Printed in Spain
1ª edición en Espada: junio. 1984
1ª edición en América: diciembre. 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1984

CAPÍTULO PRIMERO

ELISSA Scott rió en cantarina carcajada.

—Eres muy gracioso, Fred. ¿Me imaginas frente a una cocina? Yo no tengo idea de eso. Cierto día desistí de freír un huevo por no encontrar el abridor. Luego me enteré que sólo era cuestión de golpear la cáscara contra el borde del plato.

Fred Bottoms también sonrió.

Con la mirada fija en Elissa.

En verdad no la imaginaba entre cacerolas y manipulando en la lavadora automática. Elissa encajaba en un night-club neoyorquino. En el escenario de un teatro de *strip-tease* de Chicago. Tras las cámaras de Hollywood…

Elissa era algo fuera de serie. Una diosa escapada del Olimpo. La sensualidad con formas de mujer.

Su rostro acusaba unos pómulos gatunos. También sus ojos semejaban a los de una gata en celo. Unos ojos de devoradora mirada lujuriosa. Boca grande, de gordezuelos labios húmedos y tentadores.

Estaba reclinada en el sofá. Con un *negligé* en nylon transparente con bieses fruncidos. Una gran abertura central se cerraba a escasas pulgadas del delicioso círculo del ombligo. Los erectos senos hialinos bajo la tenue tela. Las piernas flexionadas. La corta y reducida vestimenta permitía admirar los largos y esbeltos muslos.

No.

Difícilmente se podía imaginar a Elissa con un delantal de cocina.

—Sería cuestión de horas. Elissa. El tiempo de realizar tu trabajo. No es problema. Te tienes presentado a demandas de experta en contabilidad e informática y tú sumas con dedos de las manos.

—Es diferente. Si alguien busca una secretaria particular, y la cita es en el domicilio privado, siempre da lugar a certeros equívocos. Lo de ahora es distinto. Ese fulano busca a alguien que le haga la comida, lave la ropa y zurza los calcetines.

Fred Bottoms rió ahora a carcajadas.

—Tal vez, pero tú no harás semejante cosa. Te presentas, haces la comida de costumbre y…

—No.

Paulatinamente la sonrisa desapareció del rostro de Bottoms.

Entornó los ojos.

Sin apartar la mirada de la muchacha.

—¿Qué ocurre, Elissa?

—Estoy cansada, Fred. Eso es todo. Cansada de nuestros miserables trucos por conseguir un puñado de dólares.

—¿Sabes de algo mejor? ¿Crees acaso que me divierte hacer de vulgar ratero saqueando domicilios? ¡También yo estoy harto!

Fred Bottoms se había incorporado del sillón.

Era un individuo alto y de complexión atlética. Una ajustada camiseta de algodón acentuaba sus músculos. Rostro atractivo y de intenso bronceado. También Fred Bottoms podía encajar frente a una cámara cinematográfica. El clásico chico guapo de una película romántica.

Acudió al mueble bar atrapando con brusquedad la botella de whisky. Hizo ademán de servirse un vaso, pero fue retenido por unos cálidos brazos que lo envolvieron seductores. Percibió el turbador contacto de Elissa. Pegada a él.

—No te enfades, Fred… Soy una estúpida.

Bottoms giró enfrentándose a la muchacha.

Unieron sus labios.

—Estamos atravesando una mala racha —dijo Fred Bottoms, con forzada sonrisa—. No es mala idea la de desvalijar viviendas, pero únicamente conseguimos basura. Muy poco en efectivo. Y las joyas tenemos que venderlas a bajo precio. De lograr un buen pellizco ya nos hubiéramos largado a Europa. Aquí tenemos la cabeza a precio. En constante peligro.

—Imposible que den con nosotros, Fred.

Bottoms sí se sirvió ahora el vaso de whisky.

Y lo vació de un solo golpe.

—¿Imposible? Para Paul Hawkins nada es imposible. Y tú lo sabes, Elissa. De ahí el mantenernos en la sombra. Fuera de nuestros círculos habituales. Nada de pisar un night-club, una sala de juego, un hotel… Ni tan siquiera me atrevo a entrar en un salón de tragaperras. Yo, el mejor pit-boss de California, apartado por completo de las mesas de juego.

—Ciertamente eres el mejor de los croupiers.

—Y tú la diosa de Los Angeles.

Elissa rió en sonora carcajada, aunque desmentida por el leve temor reflejado en sus ojos.

—Los dos mejores elementos de la organización de Hawkins.

—¿Estás arrepentida, Elissa?

—No digas eso… No lo vuelvas a decir nunca. Fred —la muchacha le echó los brazos al cuello—. Te amo. Lo eres todo para mí. Todo… Volvería a traicionar a Paul Hawkins. Una y mil veces. Por ti soy capaz de todo…

Unieron de nuevo sus labios.

En apasionado beso.

—También yo te quiero. Elissa…

—Lo sé… lo sé… Lo has demostrado. Fred. Muy pocos hombres se hubieran atrevido a lo que tú has hecho. ¡Quitarle la chica al todopoderoso y temido Paul Hawkins!

—La chica y doscientos mil dólares —rió Bottoms, nerviosamente—; aunque esto último salió mal. De haber conseguido escapar también con el dinero, todo habría sido perfecto. Sin problemas. No seríamos ahora dos ratas acosadas. Escapando de ciudad en ciudad. Temerosos de encontrar a un hombre de Hawkins en cualquier esquina. Phoenix. Albuquerque. Amarillo. Oklahoma City y ahora Dallas. ¡Todo ello en menos de tres meses!

—Puede que Paul Hawkins se haya olvidado de nosotros.

—Paul jamás olvida. Y menos una traición.

Elissa no respondió.

Dando con su silencio la razón a Bottoms.

Con lento paso retornó junto al sofá. Sobre la alfombra se veía el periódico. Con varios recuadros marcados en rojo.

—Bien… Entonces nos quedamos con el doctor Sternberg, ¿no?

Fred Bottoms acudió sonriente.

—Eso es, nena, Doctor Sternberg. En el 1434 de Sheen Road. Me he dado una vuelta por allí para echar un vistazo a la casa. Algo fabuloso. Como una de esas señoriales mansiones inglesas. Algo irreal en nuestros días. Con un extenso y frondoso jardín que…

—No pienso vivir allí. Fred. Deja de alabar la casa.

—Únicamente quería dar a entender que el tal doctor Sternberg debe ser un tipo importante. Y está solo. Eso al menos parece deducirse por el anuncio del periódico.

—Mujer de mediana edad para cocinar y cuidar casa. Sólo por las mañanas. Hombre solo. Poco trabajo *y* buen sueldo.

Fred Bottoms rió divertido.

—Correcto. Ya te lo sabes de memoria.

—Yo voy a cumplir los veinticinco. No soy una mujer de… mediana edad.

—¿Crees acaso que eso disgustará al doctor Sternberg?

El tono malicioso en la voz de Bottoms hizo reír también a la muchacha.

—Este anuncio se aparta un poco de los nuestros. Fred. Aquí no solicitan secretaria privada para domicilio, chica de compañía por horas o masajista. En eso sí me acoplo perfectamente, pero dudo que pueda pasar por cocinera y fregona. Y de seguro el puesto ya estará cubierto.

—Eso nos tiene sin cuidado. El anuncio ha sido publicado hoy. De suponer que esté ya ocupado el empleo, pones en acción tus dotes de actriz. Te presentas a última hora de la tarde. Es mejor encontrar solo al doctor Sternberg. Te resultará sencillo. Siempre has conseguido el molde de la llave.

—De acuerdo. Fred.

La resignada mueca en el rostro femenino hizo que Fred Bottoms

respirara con fuerza.

—Pronto cambiará nuestra suerte, nena. Estoy seguro. Tal vez la… visita al doctor Sternberg nos permita el largarnos a Europa.

—¿Has averiguado algo de él?

—Muy poca cosa. Dadas las características del anuncio no he querido perder el tiempo indagando. Como bien dices, posiblemente la plaza esté ya ocupada. De dedicar todo el día de hoy a buscar datos sobre nuestro candidato, mañana te recibiría la nueva cocinera. Y eso no nos interesa. Me he limitado a echar un vistazo a la casa. Y es algo fabuloso, Elissa. ¡El doctor Sternberg debe estar forrado de dólares!

La joven se incorporó del sofá.

—Voy a vestirme…

—¡Animo, pequeña! —exclamó Bottoms, con amplia sonrisa—. Puede que el de hoy sea tu último trabajo.

En efecto.

Aquél iba a ser el último trabajo de Elissa.

Y también para Fred Bottoms.

Capítulo II

LOS carnosos labios de Elissa dibujaron un mohín de disgusto.

—¿Aún falta mucho?

Habían dejado atrás la zona de Balch Springs. Ya en el extrarradio de Dallas. El auto conducido por Fred Bottoms era un Mercury de segunda mano adquirido el mismo día de llegar a la ciudad. Maniobró adentrándose por estrechas callejuelas. Edificios ya antiguos. De fachada gris y húmeda. Muchos de ellos deshabitados y en ruinas. Muy diferentes al majestuoso Hall of State o First National Bank Building.

—Tranquila… Esto es Barrio Wyler. Unas manzanas más abajo empieza la Landon Avenue y, al final de ésta, Sheen Road.

—Esto es un estercolero.

Bottoms sonrió.

—Ya estamos acostumbrados a basureros. Últimamente alquilamos auténticas pocilgas. Es de suponer que los hombres de Hawkins controlen todos los establecimientos hoteleros. Desde lujosos hoteles a míseras pensiones. En todos ellos habrán dejado nuestra fotografía. Al igual que en las agencias inmobiliarias. De ahí que tengamos que habitar en estercoleros. Pisos particulares en alquiler de difícil control.

—No hablemos de Paul Hawkins.

Fred Bottoms asintió.

Con un movimiento de cabeza.

Ciertamente era mejor no pensar en Hawkins y su organización. Su sindicato del vicio. Juego, prostitución y drogas. Toda California dominada por el clan de Paul Hawkins. Ni una sola apuesta clandestina se realizaba sin pagar la correspondiente cuota a Hawkins. Ningún prostíbulo importante sin el control de la organización. Toda remesa importante de droga, en especial la heroína, suministrada por Paul Hawkins.

Era como un gigantesco pulpo.

Y los tentáculos de la organización Hawkins se extendían por todos los EE.UU. Sus buenas relaciones con la Mafia y los Sindicatos del Crimen lo hacían todopoderoso. Se ayudaban unos a otros. Unidos como lobos para perseguir a una pieza.

Fred Bottoms y Elissa Scott.

¿Quiénes eran ellos?

Dos insignificantes piezas para el Gran Pulpo. Sin escapatoria. Tarde o temprano serían cazados. No se podía traicionar impunemente a Paul Hawkins. Hacerlo se pagaba con la muerte.

Fred Bottoms sacudió la cabeza.

Alejando de su mente tan negros pensamientos.

—Ahí tenemos Sheen Road… Aquí comienza. Me resultó difícil

localizarlo, ¿sabes, Elissa? Es una zona antigua, aunque de nuevas construcciones. Quedan ya muy pocos edificios viejos. Fíjate… Árboles y más árboles…

—Maravilloso.

Era nulo el entusiasmo reflejado en el rostro de Elissa. Sus *oíos* trazaron indiferentes miradas a derecha e izquierda.

Sheen Road era una vía amplia. Desmesuradamente ancha para su reducido tráfico. Con un seto central dividiendo la calzada. Arboles a ambos lados. Algunas casas antiguas, más bien caserones de principios de siglo, contrastaban con modernos y lujosos bungalows. A partir del número 810 de Sheen Road, las viviendas se distanciaban más una de otras. Grandes espacios con terrenos en venta o casas en ruinas.

—Aquello… aquello… es…

Bottoms rió en burlona carcajada.

Deteniendo con suavidad el Mercury que aproximó al lado derecho de la ancha avenida.

—Sí, nena. Un cementerio. Un viejo cementerio ya sin utilizar. ¿Tienes miedo a los fantasmas?

—No me gusta bromear con ciertas cosas, Fred. Yo soy muy respetuosa con los muertos. ¿Por qué nos hemos detenido?

—El doctor Sternberg no debe vemos juntos. No hay que levantar sospechas. Tú seguirás con el auto hasta la casa. Aquella muralla de allí… por donde asoman los cipreses, es la propiedad del doctor Sternberg. El 1434 de Sheen Road.

—¿Y esos son los árboles maravillosos? —inquirió Elissa con una mueca de rechazo—. ¡Cipreses…! ¡Cipreses en un jardín!

—En toda esta zona, sin duda por su proximidad al viejo cementerio, abundan los cipreses.

—Sí. Encima eso. Una vivienda a pocas yardas del cementerio.

Fred Bottoms se inclinó hacia la muchacha besándola fugazmente. Acto seguido descendió del vehículo y, tras cerrar la portezuela, se apoyó en la ventanilla. Elissa se situó frente al volante.

—Tu turno, Elissa. ¿El tiempo de siempre?

—Sospecho que el doctor Sternberg me despedirá en cuestión de segundos. Quiere una cocinera y no una aventura amorosa.

—Iré caminando hasta el inicio de Sheen Road. Allí hay una parada de bus y he visto un pequeño bar. Esperaré una hora. Si te demoras más, nos reuniremos entonces en el apartamento. ¡Suerte!

Elissa fijó la mirada en el espejo retrovisor interior. Contemplando cómo Fred Bottoms se alejaba con despreocupado paso.

Y los ojos de Elissa se posaron en el lejano cementerio.

Situado en lo alto de una pequeña colina. Recortándose fantasmal. Dorado por los rayos del atardecer. Parecía despedir fuego. Era como si cada uno de sus moradores sufriera ya allí el castigo del infierno.

Un cementerio de muralla ya semidestruida en muchos de sus tramos. Renegrida por el paso del tiempo y la erosión. Los altos cipreses se agitaban abanicados por el viento. Como gigantescos guardianes de aquellas abandonadas tumbas.

Elissa se estremeció.

Instintivamente.

Recordando las leyendas e historias infantiles marradas por su madre allá en California. Una tierra rica en cuentos de satanismo, brujería y muertos vivientes.

Elissa reanudó la marcha del vehículo.

Pasó ante dos modernos bungalows. Y más allá, solitario, el amurallado recinto. Sin vecinos. Las parcelas lindantes en venta. Así lo indicaban los carteles ya amarillentos. No debía resultar fácil la venta de un terreno cercano a un viejo cementerio.

El 1434 de Sheen Road.

Elissa parpadeó.

Era tal como Fred Bottoms le había dicho. Como las señoriales mansiones inglesas de antaño. Se divisaba al fondo. Parcialmente. Al final de un ancho sendero que nada en el portalón de entrada y atravesaba el jardín. Aunque aquello era algo más que un jardín. Una frondosidad casi salvaje los árboles. Alrededor de la casa se alzaban los cipreses. Como protegiéndola.

El Mercury quedó frente a la enrejada puerta.

Estacionado en Sheen Road.

Imposible penetrar en el amurallado recinto. La verja de doble hoja sólo abierta en su mitad. La parte izquierda aparecía enmohecida. Inmovilizada por plantas trepadoras.

Elissa descendió del vehículo.

Y volvió a estremecerse. Ahora acusando un súbito frío. Como si una helada brisa brotara de aquel pequeño bosque selvático.

Elissa no lucía una vestimenta vaporosa. Todo lo contrario. Le había resultado difícil encontrar de entre sus vestidos un modelo poco provocativo. Algo acorde con el empleo a solicitar. No lo consiguió. El vestido, aunque discreto y carente de escote, se ceñía demasiado al cuerpo femenino.

La muchacha tuvo que empujar con ambas manos la entreabierta hoja de la verja. Un estridente chirriar acompañó el giro de la reja.

No encontró llamador alguno a la entrada de la muralla. Ni en aquella verja de doble hoja.

Avanzó por el sendero.

El abandono en el jardín era total. Los matojos cortaban todo paso entre los árboles. Incluso entre las piedras del camino aparecían hierbajos.

Elissa pudo contemplar ahora la totalidad de la casa.

De dos plantas. Con longitudinal porche. Una torreta, a modo de buhardilla, destacaba en la negra techumbre. La casa resultaba sombría. Demasiado severa en su construcción.

La muralla, por la parte posterior de la casa, quedaba a poca distancia. Y los cipreses, los altos cipreses que se inclinaban ceremoniosos hacia el caserón, parecían confundirse con los de la cercana colina del cementerio.

Si.

Ahora el cementerio también quedaba visible a los ojos de Elissa. Su destruida muralla. La herrumbrada reja de la entrada con sus hierros retorcidos. Tumbas y panteones castigados por el viento y la lluvia…

Elissa se detuvo con brusquedad.

Agrandó los ojos para seguidamente parpadear una y otra vez.

Contemplando aterrada la silueta que había surgido en lo alto de la colina del cementerio. La figura de un hombre que parecía salir de una de las tumbas. Se recortó durante unos instantes sobre la muralla.

Y luego desapareció.

Como si hubiera sido tragado por la tierra.

Elissa sacudió la cabeza. Temiendo haber sufrido una alucinación. Y así debió ser. Ni rastro de la fantasmagórica figura saltando la semidestruida muralla del cementerio. Lo había imaginado. Se había dejado impresionar por aquel tenebroso cementerio.

Eso se repetía mentalmente Elissa, mientras reanudaba su caminar hacia la casa. Una escalinata de cinco peldaños conducía hasta la casa. Todos los ventanales con rejas y gruesos cortinajes oscuros. Hierbajos y musgo también alrededor de la escalera. Una mal cuidada enredadera serpenteaba abrazando las columnas del porche y parte de la fachada principal.

El llamador de la puerta era una pesada anilla de bronce representando una serpiente mordiéndose la cola.

Elissa alzó el pesado pomo y, cuando se disponía a golpear contra el metálico remate, la hoja de madera se entreabrió lentamente. En silencio. Sin el menor ruido.

La muchacha hizo descender con lentitud la anilla.

Empujó la pesada puerta a la vez que asomaba la cabeza.

El atardecer, unido a los gruesos cortinajes en los ventanales, sumía el interior de la casa en una envolvente penumbra: no obstante, los ojos de Elissa terminaron por acostumbrarse a aquella tenue oscuridad.

Un espacioso *hall*. Al fondo la escalera que conducía a la planta superior. Puertas a derecha e izquierda. Un corredor lóbrego como la boca de un túnel…

Un mueble se situaba cerca de la puerta de entrada. Escoltado por

un perchero y un artístico jarrón donde sobresalían un par de bastones. Sobre el mueble un juego de candelabros.

Elissa, sin atreverse a entrar por completo, fue tanteando en la cerradura por su parte interior. Hasta tocar la llave. Acoplada en la cerradura.

Ya no dudó más.

Penetró en la casa manipulando en el bolso que portaba en bandolera. Extrajo la pastilla para hacer el molde. Y fue al intentar quitar la llave de la cerradura cuando sintió aquel deslizar.

Algo que la inmovilizó a la vez que la hacía estremecer de pies a cabeza.

En los tobillos.

Como si algo piloso se deslizara por entre sus pies.

Un súbito miedo paralizó a la joven. Bajó la mirada, pero nada descubrió. La penumbra reinante le restaba visión. Al reparar en los candelabros del mueble se aproximó en busca del interruptor.

Fue tanteando con la zurda.

Sin cesar de dirigir rápidas miradas a su alrededor. Temerosa de ser sorprendida. Instantes antes de dar con el interruptor, se percató de aquellos dos diminutos puntos que brillaban en la penumbra. Sobre el mueble.

Accionó la luz de los candelabros.

Y un instintivo grito brotó de Elissa.

Retrocedió de un salto golpeando la espalda contra la entreabierta puerta. El rostro femenino desencajado por una mueca de terror y repugnancia. Contemplando a la descomunal rata.

Encima del mueble. Entre los dos candelabros. Una rata gorda y lustrosa que palpitaba visiblemente. Su gris pelaje erizado. Tenía los ojos muy brillantes. Fijos en Elissa. Observando todos sus movimientos. La boca de la nauseabunda rata abierta. Profiriendo extraños sonidos. No era el clásico y agudo chillido. La cabeza de la rata era desproporcionada. Muy grande.

Aquel deforme y repulsivo animal horrorizó a Elissa durante segundos.

Sólo unos pasos a su espalda hicieron reaccionar la muchacha.

—¿Quién es usted…? ¿Qué hace aquí?

La voz hizo respingar nuevamente a Elissa que controló con dificultad un segundo grito. Contempló a individuo detenido bajo el dintel de entrada.

Un hombre de unos sesenta años de edad. De abundante pelo, aunque ya totalmente níveo. Marcadas arrugas prematuras surcaban su alargado rostro. *Los* ojos muy hundidos. Casi ocultos por pobladas cejas. Vestía una larga bata gris. Sus zapatos estaban recubiertos de barro.

—Yo… yo… ¿Es usted el doctor Sternberg?

—Yo soy Brian Sternberg. ¿Qué busca aquí?

Elissa con nerviosos ademanes, mostró el periódico que portaba en el bolso.

—Es… es por lo del anuncio… Yo…

—¿Ese auto es suyo? —interrumpió el individuo, señalando hacia la reja de la muralla—. Necesito su ayuda. Se trata de algo muy urgente. Deme las llaves del auto y espere aquí.

Elissa obedeció.

Como una autómata.

El individuo atrapó las llaves.

—Gracias. Regresaré pronto. Espere en la casa y…

La repugnante rata comenzó a emitir roncos sonidos con más fuerza. Boqueando una y otra vez. Acentuando el palpitar de su adiposo cuerpo. Erizando su pelaje.

—¡Fuera! —ordenó el doctor Sternberg—. ¡Baja de ahí…! ¡Fuera de la casa!

Y ante los incrédulos ojos de Elissa, la rata descendió de ágil salto corriendo hasta desaparecer en el selvático jardín.

Capítulo III

EL estupor permaneció en Elissa por espacio de largos minutos. Fue incapaz de reaccionar. Quedó inmóvil bajo el *living* de entrada. Contemplando con perpleja mirada la marcha del doctor Sternberg. Lo vio alejarse por el sendero a grandes zancadas. Y poco más tarde oyó el rugir del motor del auto.

Elissa parpadeó.

Aquel acto fue su primer gesto de recuperación. No comprendía absolutamente nada, pero debía aprovechar la ocasión.

Estaba sola en la casa.

Ya no era necesario hacer un molde de la llave ni entregarla a Fred Bottoms. Ella podía hacer el trabajo de Bottoms. Apoderarse de todo cuanto encontrara de valor.

Hizo ademán de cerrar la puerta.

Y Elissa quedó rígida, mientras que una súbita palidez se adueñaba de sus facciones. Había descubierto a la rata. Al repulsivo animal de desproporcionada cabeza. Estaba a pocas yardas del porche. Asomando por entre unos arbustos. Con su gris pelaje erizado. Con aquellos llameantes ojos fijos en Elissa. Abriendo y cerrando la boca a la vez que profería roncos sonidos.

Moviendo las patas traseras en semicírculo y dando pequeños saltos con las de delante.

Era…

Era como un…

Elissa cerró bruscamente la puerta quedando unos instantes apoyada contra la madera. Respirando entrecortadamente. La visión de aquel animal la horrorizaba. No parecía una rata. La cabeza desproporcionada con el resto del cuerpo, sin el característico hocico puntiagudo, casi sin cola… Sus patas también resultaban demasiado largas.

Y su comportamiento, aquel removerse en semicírculo, el abrir y cerrar la boca como si… como si ladrara.

Si.

Esa fue la alucinante impresión que le causó a Elissa.

Era como un perro.

La muchacha se llevó ambas manos a las sienes. Allí la sangre la golpeaba con fuerza. Al igual que su corazón que parecía querer salir del pecho.

Elissa respiró con fuerza.

Procurando calmarse.

Tenía que actuar con rapidez y aprovechar la ausencia de Brian Sternberg. En el corredor localizó un interruptor. Al accionarlo se iluminó el espacioso *hall* y los apliques en la pared de la escalera que

conducía a la planta superior.

Elissa abrió la primera de las puertas del pasillo.

Resultó ser un salón-comedor. Lindante con la cocina. La joven se apoderó de una bolsa de piel plegable que encontró sobre la mesa de la cocina. Otra de las estancias de la planta baja amueblaba un lujoso despacho biblioteca. La sillería tapizada en piel, mesa en lupa de roble e incrustaciones de ébano y librería con cristales biselados.

Un mobiliario regio y severo.

Acorde con la mansión.

Elissa introdujo en el bolso dos candelabros y un reloj depositados sobre una artística arquimesa. De la mesa escritorio un abridor *de plata*, una *pluma de* oro, una figura de marfil, una cigarrera también de oro…

Abrió los cajones del escritorio, pero sin encontrar nada de interés.

Se dirigió hacia el mueble biblioteca. Apartó los libros abriendo alguno de ellos. Fred Bottoms le había comentado que, en ocasiones, se encuentra dinero en las hojas de los libros. La gente no era muy original en el momento de esconder su dinero.

Elissa dio un súbito respingo soltando el libro que tenía en sus manos.

Giró con rapidez.

Dirigiendo una aterrada mirada hacia la puerta del despacho.

Estaba sola.

No había nadie más en la habitación, sin embargo…

Elissa había escuchado un gemido. Una especie de lamento. Como el susurrar de un cuerpo atormentado por el fuego del Averno.

Un gemido muy cercano.

Perfectamente audible para Elissa.

Y volvió a oírlo.

Ahora a su espalda.

Elissa giró de nuevo retrocediendo asustada. Con la mirada fija en el mueble librería. De allí parecía haber surgido el lastimero gemido.

Él miedo se apoderó de la joven.

Continuó retrocediendo hacia la puerta. Sin apartar sus desorbitados ojos de la biblioteca. Relacionó aquel infrahumano lamento con la figura saltando la muralla del cementerio. Y también recordó los zapatos del doctor Sternberg. Totalmente manchados de barro. Tal vez fuera Brian Sternberg el visitante del cementerio. Puede que algún familiar o ser querido reposara en una de aquellas solitarias y abandonadas tumbas.

Elissa tropezó con el marco de la puerta controlando con dificultad un instintivo gritar. Ya no escuchaba gemido alguno. Todo era silencio en el caserón. Tan sólo el agitado respirar de la muchacha.

Elissa salió precipitadamente del despacho.

Estaba sudando.

Se sentía bañada en un frío sudor. Sus senos subían y bajaban descompasados. De nuevo hizo un poderoso esfuerzo por controlarse. Por repetir mentalmente que todo era producto de su imaginación. Que no había escuchado lamento alguno.

Dirigió sus pasos hacia la escalera que conducía al piso superior. Tenía que localizar el dormitorio. Era allí donde se solía guardar el dinero y objetos de más valor.

Elissa forzó una sonrisa.

Resultaría divertido ver la cara de Fred Bottoms cuando se presentara con la bolsa repleta. Le iba a ahorrar el trabajo de desplazarse y vigilar las salidas del doctor Sternberg para entrar en la casa con el duplicado. Poco importaba perder el Mercury. Un auto viejo y adquirido con documentación falsa. Cuando Brian Sternberg formulara la denuncia del robo, no serían identificados.

Al final de la baranda se divisaba un largo corredor. A derecha e izquierda. En este último tramo, era más corto. Y desembocaba en una escalera de caracol. Sin duda, comunicante con la buhardilla.

Elissa hizo girar el pomo de la puerta situada frente al rellano. No cedió al empuje. Estaba cerrada con llave.

La muchacha depositó la bolsa de piel en el suelo. De Fred Bottoms había aprendido algunas lecciones. Una de ellas la de hurgar hábilmente en una cerradura. Del bolso de mano que portaba en bandolera extrajo un diminuto juego de ganzúas. También regalo de Fred Bottoms.

Fue cuestión de minutos.

Escuchó el deslizar del cierre. Al girar el pomo sí se abrió ahora la hoja de madera. Una puerta de gruesa madera. Pesada. Elissa casi tuvo que apoyarse con el antebrazo para empujarla.

Instintivamente cerró los ojos con fuerza ante el penetrante chirriar de la puerta.

La muchacha asomó la cabeza por la entreabierta hoja. La estancia envuelta en la oscuridad, aunque no en todos sus rincones. Brillaban objetos. Y también se escuchaba un extraño crepitar. Como el de una olla en ebullición.

Elissa tanteó por la pared hasta dar con el interruptor.

Al iluminar la estancia parpadeó repetidamente. Primeramente cegada por la intensidad de la luz. Eran varios los tubos fluorescentes en el techo y en las paredes. Algunos de ellos con pantalla. Enfocados hacia una zona determinada.

Y Elissa continuó parpadeando con incrédula mirada.

Se encontraba en una sala grandiosa. Sin duda la estancia más espaciosa de la mansión. Y aquello era una especie de laboratorio. Al menos estaba plagada de instrumentos. Una máquina

electroneumática, varios frascos de Herón, infinidad de tubos de cristal y matraces, un moderno aparato de destilación, un generador, un almacén de calor para el cultivo de microbios…

Elissa avanzó.

Perpleja.

A su mente acudían, ya no sólo los espeluznantes cuentos de infancia, sino también imágenes del clásico Frankenstein y su siniestro laboratorio.

En varios de los tubos graduados, frascos y matraces burbujeaban líquidos de diferente tonalidad. Algunos de ellos sometidos al gas de mecheros Bunsen. Aquel bullir, aquel tenue borbollar, parecía resonar por todas partes. Extendiéndose como en un eco.

La sala aparecía dividida por biombos. Como tabiques de separación. Trazando una especie de laberinto.

Elissa dudó en seguir avanzando.

Allí no encontraría nada de valor. Giró sobre sus talones. Y al ladearse, su mirada quedó fija en uno de los biombos. Un tubo fluorescente con pantalla colgaba del techo. Enfocando lo oculto tras el biombo.

Aunque no del todo oculto.

El biombo estaba construido con una tela. Una lona. Y el intenso tubo de neón parecía hacerlo transparente.

Elissa divisó borrosamente la camilla.

Tragó saliva.

Algo parecía reposar sobre aquella camilla. Al menos se traslucía un pequeño bulto. Inmóvil sobre la camilla. No podía ser un cadáver. Demasiado pequeño para ser un…

Elissa palideció intensamente.

Un niño…

Podía ser un niño. El cadáver de un niño sometido a los espeluznantes experimentos del diabólico doctor Sternberg.

La muchacha quedó inmóvil. Sin reaccionar. Dominada por el miedo. Por los recuerdos infantiles de historias de monstruos devoradores de niños. Y los ojos de Elissa se fueron agrandando. Desorbitados. Fijos en la lona del biombo. Sin pestañear.

El bulto…

Aquello que reposaba sobre la camilla comenzaba a moverse. Muy lentamente. Alargándose y encogiéndose. Como un gigantesco gusano. En silencio. Sin el menor ruido.

Fue el terror lo que hizo reaccionar finalmente a Elissa. Y no en veloz huida hacia la puerta de salida, sino bordeando el biombo. El miedo la había hecho audaz. Tal vez fue instintivo su alarde, pero lo cierto es que se colocó frente a la camilla.

Y Elissa tuvo que apoyarse en el biombo para no caer.

Contemplando con alucinados ojos *aquello.*

El rostro de la muchacha se desencajó en una indescriptible mueca de terror. Pálida. Los ojos desorbitados. Moviendo la boca. Pugnando por gritar, aunque sin conseguir articular sonido alguno.

Un monstruo.

Sí.

Era un monstruo lo que reposaba sobre la camilla. Un verdadero engendro de los infiernos. Un deforme animal con la piel muy brillante. Cercado por extraños filamentos eléctricos que bordeaban toda la camilla.

Elissa difícilmente logró identificarlo.

Era un perro.

No.

Fue un perro.

Ahora era un espeluznante animal híbrido. La cabeza aplastada. Casi plana. Las orejas pegadas a la piel.

Ojos escamosos. Las cuatro patas atrofiadas. También pegadas al cuerpo. Casi empotradas en él. Era como un cilindro de carne viscosa. Se movía ondulante. Como una serpiente. Entreabrió la boca. Sin emitir sonido alguno. Sólo dejando asomar su lengua. Una lengua larga y bífida…

Y Elissa giró.

Corriendo alucinada.

Bañada en sudor y temblando de pies a cabeza. Al abandonar precipitadamente la sala, tropezó con el bolso de piel depositado en el suelo. Trastabilló aunque sin llegar a caer. Atrapó el bolso. Respiró entrecortadamente dirigiendo miradas a izquierda y derecha.

Tenía que salir de allí.

Debía escapar cuánto antes de aquella horripilante casa.

Abrió el bolso de piel. Fue entonces cuando reparó en lo reducido de su contenido. Los candelabros de plata, la pitillera, el abridor… Ni un solo dólar. Nada en efectivo.

Elissa, situada junto a la baranda de la escalera, divisó la puerta *del corredor*. Casi al fondo del oscuro pasillo. Estaba entreabierta. Y con tenue iluminación proyectada hacia el corredor. Antes no había reparado en ello. Tal vez por la claridad del atardecer ahora ya reemplazada por las sombras de la noche.

Elissa avanzó con rápido paso.

Empujó la entreabierta puerta. La débil iluminación procedía de un quinqué depositado sobre la mesa de noche.

Un súbito destello se reflejó en los ojos de la muchacha.

Estaba en el dormitorio. El aposento del doctor Sternberg. Una cama de dosel adornaba toda la pared frontal. Un artístico y

descomunal armario. Dos mesas de noche…

Elissa no reparó en nada de ello.

Se precipitó hacia la mesa de noche donde reposaba el quinqué. Abrió el primero de los cajones. Y una sonrisa asomó al rostro femenino. Contemplando el fajo de billetes. Billetes de cien dólares cuidadosamente doblados. También había varias joyas. Joyas antiguas de extraordinario valor. Un broche de brillantes, una sortija isabelina de rubíes y diamantes…

La sonrisa se fue ampliando en Elissa.

No percibió algo que se deslizaba a sus pies. Algo que surgía de debajo de la cama de dosel. Apartando el sedoso edredón. Primero asomaron las uñas. Unas largas y afiladas uñas negruzcas. Luego los dedos. Engarfiados. Unos dedos recubiertos de abundante pelo gris.

Una espeluznante garra que comenzó a tantear por el suelo.

Aproximándose a Elissa.

Hasta conseguir atrapar uno de los tobillos de la muchacha.

Capítulo IV

FRED Bottoms llevaba casi cuarenta y ocho horas encerrado en el apartamento. Tan sólo había salido para comprar los periódicos y algo de comer. Aunque en aquel momento no iba a probar bocado. La portada del *Zaroff*, una portada a todo color, le había quitado por completo el apetito.

Fred Bottoms estaba en el sofá del salón. Con temblorosa mano se inclinó para atrapar la botella de whisky. Aplicó el gollete a los labios bebiendo larga mente. Volvió a dirigir la mirada hacia la portada del *Zaroff*. Era una publicación especializada en crónica negra. Marcadamente sensacionalista. Acentuando al máximo el morbo y la truculencia.

Bottoms se incorporó.

Dominado por las náuseas.

Quiso llegar hasta el cuarto de baño, pero vomitó en mitad del salón. Apoyado en uno de los muebles. Permaneció unos instantes semiencorvado. Sudoroso. Respirando con dificultad.

Lentamente retornó al sofá. Y de nuevo su mirada fue hacia la portada del *Zaroff*.

Aquellos bastardos habían hecho un buen trabajo. Una gran exclusiva. Así rezaba en grandes titulares.

«Gran exclusiva. Fotografía de la joven asesinada en el Loy Park. Identificada la víctima.»

La fotografía…

Aquello era algo más que una fotografía. Era el horror y el sadismo encerrado en una imagen. Un cuerpo femenino espeluznantemente mutilado. Con la carne hecha jirones. Tiras de sanguinolenta piel entremezcladas con trozos del desgarrado vestido.

Aquello era Elissa Scott.

Lo que quedaba de ella.

Fred Bottoms quiso apartar la mirada Desviar los ojos de aquella macabra llamativa portada. De aquella espeluznante fotografía donde predominaba el rojo sangre.

No lo consiguió.

Continuó mirándola como hipnotizado.

Elissa Scott. La bella y seductora Elissa. Sobre el césped del Loy Park. Como una muñeca rota. Ensangrentada. Surcos sanguinolentos en su piel. En los pechos, en el vientre, en los muslos… Todo su rostro desfigurado. Convertido en una deforme masa rojiza.

Elissa Scott.

Había sido identificada… y también Fred Bottoms reconoció los zapatos. Tan solo eso. Su rostro, su cuerpo destrozado… imposible reconocerla únicamente por sus zapatos, el desgarrado vestido y el

bolso de mano.

Fred Bottoms se reclinó en el sofá.

Cerró los ojos.

La pesadilla había terminado. Se había hecho realidad. Ya no había lugar para la esperanza.

Elissa estaba muerta.

La mente de Fred Bottoms retrocedió dos días atrás. Cuando esperaba en el pequeño bar de Sheen Road.

Cuando vio pasar el Mercury conducido por un individuo. Aquello lo sorprendió y alarmó. Esperó el tiempo acordado con Elissa. Incluso lo prolongó. Y después acudió al apartamento.

Allí continuó la larga espera. Sin que Elissa apareciera en toda la noche. Sin noticia alguna de ella.

A la mañana siguiente el nerviosismo y temor se habían acentuado en Fred Bottoms. Sospechando que Elissa había sido detenida por la policía… o cazada por los hombres de Hawkins.

Fue entonces cuando escuchó el boletín de la radio. Noticiario local. Hablaban del cadáver de una muchacha encontrado en el Loy Park. El cuerpo de una joven horriblemente destrozado. Como si hubiera sido atacada por una jauría de perros rabiosos.

Y Fred Bottoms, incomprensiblemente, relacionó el hallazgo de aquel cadáver con Elissa. Sin motivo alguno. El Loy Park distaba mucho de Sheen Road. Sin embargo, estaba seguro de que se trataba de Elissa. Algo en su interior se lo decía una y otra vez.

Compró los periódicos del día. Las últimas ediciones sí comentaban el macabro descubrimiento del Loy Park. La primera hipótesis fue ciertamente la de una jauría de perros enloquecidos. El cuerpo femenino aparecía destrozado por zarpazos y mordiscos.

Luego…

Aquel mismo día, en las noticias de televisión nocturnas, se informaba que se trataba de un espeluznante y monstruoso crimen. La víctima no llevaba documentación alguna encima. Se estaba investigando en unos papeles encontrados en el bolso de mano. La televisión no ofreció imágenes del cadáver.

Fue al siguiente día, cuando Fred Bottoms acudió a comprar los periódicos, que descubrió la macabra portada del *Zaroff*. La gran exclusiva. Fotografía del cadáver e identidad de la víctima. Elissa Scott. La policía había descubierto varias cosas más. Elissa Scott fue violada. Y el crimen no se cometió en el Loy Park. Habían trasladado el cadáver hasta allí. El satánico «modus operandi» era lo que desorientaba a la policía. ¿Qué criminal, que demoníaco asesino podía encajar en tan monstruoso hecho?

Zaroff, en un verdadero alarde informativo, añadía algunos datos más sobre Elissa Scott. Muy pocos. Su nacimiento en California, sus

actuaciones en los nigth-clubs de Los Angeles… Sin mencionar en absoluto a la organización de Paul Hawkins.

Y comentaba también que los restos mortales de la infortunada Elissa Scott iban a recibir sepultura en el cementerio local de Roos Hill. Ningún familiar acudiría. Elissa Scott no tenía familia ni tampoco amigos que se hubieran aproximado por la Morgue.

El *Zaroff* prometía volver a publicar mañana otra edición extraordinaria con amplio reportaje del entierro y demás datos relacionados con las investigaciones del Departamento de Homicidios.

Fred Bottoms ocultó el rostro entre sus manos.

Y comenzó a llorar.

Como un niño asustado.

Y en efecto, estaba asustado. Se había quedado solo. Ya no contaba con Elissa. Con su amada. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Dónde ir? Ya no tenía valor para nada. Si el amor hacia Elissa lo impulsó a traicionar a Paul Hawkins, ahora, sin ella, se encontraba inseguro.

Permaneció largo tiempo en el sofá.

Sin reaccionar.

Sin saber qué hacer.

Se incorporó tambaleante. Como un borracho. Con torpe paso acudió al dormitorio. Y de allí al contiguo cuarto de baño. Había tomado finalmente una decisión. Abandonar la ciudad. Desaparecer de Dallas. Era lo más prudente.

Sólo que no iba a dejar Dallas sin despedirse de Elissa.

Acudiría al cementerio de Roos Hill para decirle el último adiós.

Fred Bottoms pudo haberse ahorrado el viaje. Pronto, muy pronto, se iba a reunir con su amada en el Más Allá.

Capítulo V

FRED Bottoms compró un auto en Oak Cliff. Un Buick que, aunque con muchas millas en su haber, resultó en magníficas condiciones. Dispuesto a tragar muchas millas más. Y eso pensaba hacer Fred Bottoms. Poner tierra de por medio.

El reducido equipaje, incluidos algunos objetos de valor pertenecientes a Elissa, en el portamaletas.

Fred Bottoms enfilaría hacia el sur de Texas. Por la autopista de San Antonio. Y luego hasta Laredo para finalmente cruzar la frontera. Tal vez en México esquivara a Paul Hawkins. Ahora cualquier ciudad de los Estados Unidos, y en especial Dallas, era zona peligrosa para Bottoms.

Terreno de caza.

Y él figurando como liebre indefensa.

El parking situado a poca distancia del cementerio municipal de Roos Hill aparecía bastante concurrido de vehículos. Fred Bottoms siguió con el Buick hasta estacionar en una bocacalle de la Rood Avenue. Descendió del auto llevando nerviosamente un cigarrillo a los labios.

Una fina lluvia comenzó a caer.

Oscureciendo aún más el atardecer.

Fred Bottoms encaminó sus pasos hacia una de las entradas secundarias al cementerio de Roos Hill. Faltaban menos de treinta minutos para el cierre del camposanto. Y debía localizar todavía el lugar donde había sido enterrada Elissa. Según la información del *Zaroff*, los restos mortales de Elissa Scott fueron sepultados en la mañana.

Bottoms no acudió a la cabina de información. Ni tampoco se aproximó a los paneles electrónicos de situación donde los visitantes tecleaban en demanda de datos.

Avanzó por los ajardinados senderos del cementerio. Hasta localizar a uno de los uniformados cuidadores.

—Buenas tardes, amigo.

El empleado respondió con un gruñido.

—¿Quiere ganar diez dólares?

La oferta de Fred Bottoms hizo variar la actitud del individuo. Ya no respondió con un segundo gruñido, sino que dirigió a Bottoms una interesada mirada.

—¿Qué debo hacer?

—Soy periodista —mintió Fred Bottoms, con aplomo—. Quiero echar un vistazo a la tumba de Elissa Scott. La muchacha asesinada en el Loy Park. En la caseta de información hay mucha gente y…

—Yo lo guiaré —interrumpió el individuo deseoso de no perder

aquellos diez dólares—. Tiene razón. A última hora es cuando se dejan caer los rezagados abarrotando las cabinas de información. Pronto cerrará el cementerio, pero tiene tiempo. Está cerca de aquí. Ni tan siquiera será necesario utilizar uno de los vehículos de desplazamiento. Llega con un poco de retraso, ¿no? Sus compañeros, me refiero a periodistas y fotógrafos, pisotearon esta mañana toda la zona. Incluso mucho antes de la llegada del cadáver.

Fred Bottoms siguió al individuo.

Sin hacer comentario alguno.

Tan sólo rebuscó en los bolsillos sacando los diez dólares. Billete que el empleado hizo desaparecer con rapidez.

—Es allí… ¡Maldita sea…! Todavía hay curiosos. Aquel grupo de gente que está junto al…

—Gracias —cortó Bottoms—. Ya puede regresar a sus ocupaciones.

El individuo retornó sobre sus pasos dejando a Fred Bottoms junto a un bello y artístico panteón de mármol. Y allí continuó. Sin hacer ademán de aproximarse al lugar señalado. Desde allí divisaba al grupo de curiosos. Gente morbosa que incluso hacía funcionar cámaras fotográficas.

Fred Bottoms no se atrevió a acercarse más.

Temeroso de que los hombres de Paul Hawkins vigilaran la tumba de Elissa.

Bottoms tragó saliva con dificultad. Elissa lo era todo para él. Por ella había sido capaz de traicionar al todopoderoso Hawkins. Y ahora estaba muerta. Aquello aniquilaba por completo el valor de Fred Bottoms. Lo convertía en un pelele.

—Elissa… Elissa…

La voz de Fred Bottoms fue un susurro apenas audible.

Giró con rapidez.

Y también con precipitadas y largas zancadas abandonó el camposanto. Dominando su emoción. Sus de seos de llorar y gritar desesperado por la muerte de su amada. Llegó casi jadeante junto al estacionado Buick.

Fue al abrir la portezuela cuando sonó súbitamente la voz.

A su espalda.

—Hola. Fred.

Bottoms quedó unos instantes inmóvil. Inclinado sobre la portezuela. En el cristal de la ventanilla contempló reflejada la borrosa figura de un individuo. No estaba solo. Dos hombres más se situaron a derecha e izquierda de Bottoms. Este fue ladeándose. Con lentitud. Hasta enfrentarse al individuo.

Un hombre joven. De unos treinta años de edad. Delgado. De rostro enjuto y pómulos marcadamente salientes. Los ojos muy hundidos. Unos ojos de siniestro destello. Su boca de finos labios

dibujaba una abierta sonrisa.

Fred Bottoms no lo identificó.

No lo había visto jamás.

—Creo que se equivoca —musitó Fred Bottoms, forzando una sonrisa—. Mi nombre es…

—Por favor. Fred —interrumpió el individuo incrementando el brillo de sus hundidos ojos—. No te esfuerces.

Bottoms lanzó una angustiosa mirada a su alrededor.

Los otros dos individuos resultaban aún más inquietantes. Estos no sonreían. Contemplaban a Bottoms con indiferencia.

—¿Qué quieren de mí?

—Tranquilo, Fred. Sólo vamos a dar un paseo —respondió el individuo de los ojos hundidos, sin dejar de sonreír—. Olvida tu viejo Buick. Tú te mereces algo mejor. ¿Nos acompañas?

No era necesaria la pregunta.

Los dos individuos se aproximaron a Bottoms atenazándolo por los brazos. Comenzaron a caminar. Fueron pocas yardas. Surgió un Pontiac «Le Mans» negro que frenó sobre el asfalto con estridente chirriar, Se abrió una de las portezuelas traseras.

Y Fred Bottoms fue violentamente empujado al interior.

Tras él subió el individuo de los ojos hundidos.

El Pontiac reanudó la marcha. Los dos hombres que habían escoltado a Bottoms se encaminaban hacia el estacionado Buick. Aquello pasó desapercibido para Fred Bottoms. El terror lo dominaba por completo. Se encontraba en el asiento trasero del Pontiac. A su izquierda el individuo de ojos hundidos. A su derecha…

—Cuánto tiempo sin vernos. Fred… ¿Cómo te encuentras, muchacho?

Bottoms fue incapaz de responder.

Demasiado impresionado por la presencia de Arthur Griggs. El lugarteniente de Paul Hawkins. Su hombre de confianza. Su brazo derecho. Su brazo… ejecutor. Un individuo de facciones angulosas y hoscas. Marcados pliegues en la comisura de la boca. Una boca de labios colgantes segregando viscosa humedad. Arthur Griggs frisaba en los cuarenta años de edad. Durante algún tiempo dirigió la prostitución organizada del clan Hawkins. Realizando una magnífica labor.

Si.

Arthur Griggs era muy eficaz.

Bottoms lo vio actuar en una ocasión. Con Sharon Luling. La joven ganadora del concurso de belleza de la ciudad de Los Angeles. La muchacha triunfó merced a Arthur Griggs, pero luego se mostró muy altiva. No sólo rechazó *Tas* pretensiones de Griggs para que entrara a formar plantilla en *la* prostitución de lujo, sino que amenazó con

denunciarlo.

Y aquello fue el fin para la bella Sharon Luling.

Arthur Griggs la torturó hasta darle muerte. Después de someterla a las más aberrantes desviaciones sexuales. Griggs era un sádico. Disfrutaba con el sufrimiento ajeno.

—¿Qué te ocurre, Fred? ¿Ya no te hablas con los amigos?

—Déjame marchar, Arthur… te lo suplico…

Griggs parpadeó.

Terminó por reír en sonora carcajada.

—¿Dejarte marchar…? Eso tiene gracia. Sí, condenación… Resulta divertido. Tres meses tras tus pasos. Tres meses husmeando por todos los rincones. Sin tregua. Y ahora quieres… ¡Estás loco!

Sí.

Era de locos el suplicar a un individuo como Arthur Griggs.

El Pontiac «Le Mans» no había enfilado hacia el centro de Dallas. Tomó la dirección norte de Roos Hill. Adentrándose finalmente por la comarcal de Atoka Creek.

Fred Bottoms no se molestó en conocer el camino.

El suyo ya había terminado.

*

Un motel.

Un apartado motel en la zona de Atoka Creek.

Allí había sido conducido Fred Bottoms. A una de las espaciosas cabañas del motel.

—No conoces a Perry McNicol, ¿verdad, Fred? —dijo Arthur Griggs, mientras manipulaba entre las botellas del mueble bar—. Perry es uno de nuestros delega dos en Texas. Vamos a realizar algunos pequeños negocios en Dallas. California se está quedando pequeña para nosotros.

Los hundidos ojos de Perry McNicol dirigieron una burlona mirada al pálido Bottoms. Este se había acomodado en un apartado sillón. En un rincón de la estancia. Ya resignado a su muerte. Imposible escapar. Arthur Griggs, el llamado Perry McNicol y un tercer individuo. El que había conducido el Pontiac.

Imposible burlar a aquellos tres hombres.

—¿Un trago, Fred? —Arthur Griggs se aproximó portando un vaso de whisky—. ¿O prefieres ya cenar?

—No…

—Comprendo. Te hemos quitado el apetito.

Griggs rió coreado por los dos individuos.

Fred Bottoms sí aceptó el vaso de whisky. Y lo vació de un solo

golpe. Aquello pareció darle valor. Al menos enfrentó su mirada a la de Griggs.

—¿A qué esperas, Arthur? Termina conmigo de una vez.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo… Siempre has sido un tipo impulsivo. Nervios de acero en las mesas de juego, frío croupier…; pero incapaz de pensar cuerda mente fuera de la mesa de ruleta. Yo te creía inteligente, Fred. El mejor pit-boss de California. Me has defraudado. Nos has defraudado a todos. Eso de quitarle la chica a Paul Hawkins…

Arthur Griggs chasqueó la lengua.

Movió la cabeza de un lado a otro dejándose caer en un sillón frente a Fred Bottoms.

—Fue un error, muchacho —prosiguió Griggs, con voz falsamente paternal—. Un error y una estupidez. ¿Te gustaba Elissa? Correcto. También a mí. Era un magnífico ejemplar. Paul, tarde o temprano, terminaría por cansarse de su chica de turno. Siempre ha ocurrido así. Es cuestión de tener un poco de paciencia, Cuando Paul las sustituye, es nuestro momento. Jamás antes, Fred.

—Yo amaba a Elissa.

—¿De veras? Oh, sí… Seguro. Eso mismo dijo Paul. Incluso quedó muy impresionado por esa doble traición. Elissa y Fred. Jamás lo hubiera imaginado. El amor… ¡Ah, el amor…! Algo maravilloso. Ya conoces a Paul. Un sentimental, un romántico… Estaba dispuesto a perdonar ese apasionado amor, pero entonces se descubrió lo del dinero. Te habías quedado con la recaudación de la noche, muchacho. Y eso no tiene perdón. Afortunadamente se recuperó el dinero. Ya sólo quedaba castigar a los traidores.

—¿Puedo… puedo tomar otro whisky?

Arthur Griggs sonrió.

Hizo una seña a Perry' McNicol.

—Seguro. Fred. Lo vas a necesitar.

McNicol se aproximó portando la botella de whisky. También sonrió ante el visible temblor que se acusó en la diestra de Fred Bottoms sosteniendo el vaso.

Griggs volvió a chasquear la lengua.

—Ciertamente me has defraudado, muchacho. Error tras error… ¿Cómo diablos se te ocurrió ir al cemente rio? Era suicida dejarte ver por allí. No tenía ninguna esperanza de atraparte, y, sin embargo… Allí apareció el bueno de Bottoms. Merodeando por la tumba de Elissa.

—Es un bastardo —intervino Perry McNicol—, Liquidó a su chica y luego se atreve a visitar su tumba.

Arthur Griggs asintió.

Con una mueca de desagrado en el rostro.

—Eso es verdad… Fue muy feo lo que has hecho a Elissa. ¿Qué ocurrió, Fred? ¿Intentó dejarte? ¿Por qué acabaste con ella?

—¿Cómo lo has hecho? —interrogó McNicol, acentuando el brillo de sus ojos—. La policía afirmaba que podía ser obra de una jauría de perros rabiosos. El cuerpo desgarrado, jirones de piel, mordeduras por doquier…

Fred Bottoms parpadeó dirigiendo alternativas mira das a los dos individuos.

—Yo… yo no maté a Elissa… Sería incapaz de ello…

—¿Incapaz? Tonterías, muchacho —rió Arthur Griggs—. También se te consideraba incapaz de cualquier traición; aunque reconozco que no entra en tu estilo. Recuerdo cuando sometí a Sharon al… tercer grado. Tú estabas presente. No te gustó. Te horroriza la visión de la sangre. Paul también asegura que tú no eres el asesino de Elissa. Fue la muerte de Elissa lo que nos proporcionó tu pista. Nuestros contactos en el Departamento de Homicidios en Dallas nos informaron en primicia de la identidad de la víctima. Las huellas correspondían a las de Elissa Scott. Una gran sorpresa. Paul me hizo desplazar de inmediato a Dallas. En tu busca. Fred. No esperaba cazarte con tanta facilidad.

Bottoms bebió un trago de whisky.

—Fui un idiota acercándome al cementerio.

—Seguro, muchacho. ¿Quién mató a Elissa?

—No lo sé.

Arthur Griggs encendió un cigarrillo. Sin hacer ademán de ofrecer otro a Bottoms. Se reclinó en el asiento exhalando una bocanada de humo.

—Paul quiere una respuesta, muchacho. Le ha disgustado mucho lo ocurrido a Elissa. Le desagrada que le quiten una pieza. Te conviene hacer un poco de memoria. ¿Qué ocurrió con Elissa?

—¡No lo sé, maldita sea! ¡Yo no…!

Bottoms no pudo seguir hablando.

Perry McNicol le había propinado un trallazo en la boca. Con unos nudillos de acero acoplados en la mano. El brutal impacto ensangrentó los labios de Fred Bottoms haciéndole saltar un par de dientes.

Griggs rió divertido.

—Bien hecho. Perry. No me gusta que se pierda la buena educación. Paul Hawkins quiere saber lo ocurrido a Elissa. Y tenemos muy poco tiempo, Fred.

La voz de Bottoms sonó desfigurada. Había escupido un par de dientes y otro le bailaba en la boca. La sangre le manaba abundante de los reventados labios.

—No… no lo sé… La última vez que vi a Elissa quedaba en la casa

del doctor Sternberg…

—¿Doctor Sternberg? —Griggs arqueó las cejas—. ¿Quién es ese fulano? Explícate con detalle, Fred.

—No tenemos mucho tiempo. Arthur —advirtió McNicol, consultando su reloj.

Griggs también dirigió una mirada a su digital de pulsera.

—Empieza. Fred.

—Yo… Elissa y yo…

Fred Bottoms comenzó a narrar sus actividades con Elissa. Sus métodos para saquear en los domicilios particulares. Y habló del doctor Brian Sternberg. El último seleccionado. Culminaba su narración cuando sonaron unos golpes a la puerta.

Abrió el silencioso individuo que permanecía junto a la entrada.

Fred Bottoms palideció intensamente.

Consciente de que había llegado el momento de morir.

En el umbral se encontraba Paul Hawkins.

Capítulo VI

EL descorchar de la botella de champán coincidió con el enésimo patadón al bajo vientre de Fred Bottoms. Este no pareció acusarlo. Estaba encorvado. Con la cabeza rozando las rodillas. El rostro desencajado por el dolor. Boqueando una y otra vez falto de respiración.

Perry McNicol sirvió la copa de champán.

Ceremonioso.

Contemplando con profunda admiración al todopoderoso Paul Hawkins.

—Tranquilo, Arthur… Puedes coger un infarto.

Arthur Griggs estaba pisoteando salvajemente la cabeza de Bottoms. Giró con crispado rostro. Jadeante y sudoroso. Terminó por reír con sádico placer.

—Se la tenía jurada, Paul… Nos hizo correr de un lado a otro durante tres meses.

Paul Hawkins bebió un sorbo del frió champán. Con la mirada fija en el caído Fred Bottoms. Contemplándolo con inexpresivas facciones. Un rostro aguileño de ojos oscuros y redondos. Sus manos eran blancas. De largos dedos. Unas manos extremadamente cuidadas. Como las de un pianista. Vestía traje de excelente corte y suma elegancia. Podía pasar por un alto ejecutivo o distinguido banquero.

La voz de Paul Hawkins era suave. Calmosa. Una voz que jamás parecía alterarse. A juego con su inexpresivo rostro.

—Cierto. Arthur. Era difícil imaginar a Fred desvalijando casas. Un talento desaprovechado. Triste. Muy triste… Y más lamentable lo ocurrido a mí adorada Elissa.

—¿Crees esa historia, Paul?

Hawkins vació la copa de champán.

Entornó sus redondos ojos.

—Por supuesto. Arthur. Fred no mató a Elissa. Puede que ese tal doctor Sternberg esté en el asunto. Lo averiguaremos.

—¿Averiguarlo?

—Naturalmente. Arthur. El asesino de Elissa se ha metido en mi terreno. Y quiero que pague por ello. Cuestión de principios. Perry…

—¿Sí, señor Hawkins?

—Me han hablado muy bien de ti. Perry. Eres ambicioso, inteligente y no te dejas llevar por los nervios. Estás realizando una buena labor aquí. Dallas es un magnífico terreno a explotar. Vamos a introducirnos en Texas. Paulatinamente. Sin alarmar a Marco Piccoli ni a los otros miembros del Sindicato del Crimen. Arthur se quedará por algún tiempo en Texas para ir abonando el terreno. Tú lo ayudarás, Perry; aunque antes voy a encomendarte una misión. Quiero

que descubras al asesino de Elissa.

—Lo haré, señor.

Hawkins esbozó una sonrisa.

Complacido por la firmeza de McNicol.

—No lo dudo, muchacho. Quiero para el asesino de

Elissa una muerte muy lenta. Lenta y dolorosa. Me informarás de ello, ¿entendido?

Fred Bottoms comenzó a retorcerse por el suelo con ahogados gemidos. Delatando señales de recuperación.

—Llevarlo al sofá.

La orden de Paul Hawkins fue cumplida de inmediato.

Entre Griggs y McNicol levantaron a Fred Bottoms para depositarlo en el sofá que adornaba una de las paredes de la estancia. Frente a Paul Hawkins. Este acomodado en un sillón. Separados por la pequeña mesa de cristal donde reposaba la botella de champán.

—¿Puedes oírme, Fred?

La voz de Paul Hawkins sí llegó al aturdido Bottoms. Lo acusó entreabriendo trabajosamente los ojos. Sangraba abundantemente por las cejas, nariz y boca. Los pómulos hinchados.

—Hi… hijo de perra…

Hawkins sonrió.

—Eres un desagradecido, Fred. Hace poco más de tres horas estaba tranquilamente en mi bungalow de Los Angeles. Me llama Arthur para comunicarme que había dado contigo. ¿Qué hago yo? ¡Tomar mi Jet y desplazarme de inmediato a Texas! Dos horas largas de vuelo. Fred. Y esta misma noche tengo una reunión muy importante en Los Angeles. El avión me espera en el aeropuerto para el regreso. Sin enfriar motores. Me he desplazado sólo para verte, Fred. En recuerdo de nuestra vieja amistad. Incluso vengo con un regalo para ti.

Paul Hawkins extendió el brazo derecho.

Señalando un maletín depositado sobre una de las sillas de la entrada.

Perry McNicol se lo aproximó.

Era un maletín pequeño. Alargado. Rectangular. Al abrirlo apareció forrado en terciopelo negro. En su interior, cuidadosamente acoplada, una automática alemana Mauser Parabellum del nueve. Con su correspondiente cargador de ocho proyectiles.

Hawkins tomó el arma con deliberada lentitud.

Introdujo el cargador.

Con igual lentitud alargó el brazo derecho. Su diestra aferrando el arma. El cañón apuntando a la cabeza de Fred Bottoms.

El silencio se hizo en la estancia.

Un silencio únicamente turbado por el entrecortado respirar de Bottoms. No pronunció palabra alguna. No imploró piedad. Sabía que

era inútil. Con aterrado rostro contempló como el negro cañón de la Parabellum iba descendiendo.

Muy lentamente.

Ya no le apuntaba a la cabeza.

Fred Bottoms sí gritó ahora.

—¡No, Paul…! ¡No…!

Hawkins apretó el gatillo.

Justo cuando Fred Bottoms se incorporaba torpemente del sofá. Volvió a caer. Ahora con brusquedad. Impulsado por el impacto. Se llevó ambas manos al *vientre. Con los dedos engarfiados. Las facciones* de Bottoms se desencajaron aún más al contemplar el viscoso y rojizo líquido que se filtraba por entre los surcos de sus dedos.

Comenzó a aullar de dolor.

A retorcerse lastimosamente.

Paul Hawkins lo contemplaba con placentera sonrisa. Disfrutando como un niño travieso después de romper un juguete.

—¿Recuerdas a Gary Salkow? —inquirió Hawkins, con nostálgico suspirar—. Fue en los primeros tiempos. Cuando rivalizábamos con la organización de Frank Snyder. Salkow nos traicionó. Se pasó a las filas de Snyder entregándole documentos de nuestras actividades. Cuando logramos cazar a Salkow, tuya fue la idea de liquidarlo con un balazo en las tripas. Lo recuerdas, ¿verdad, Fred? Una bala en el vientre. Una muerte segura, lenta y dolorosa. Se puede tardar horas y horas en morir. Entre horribles dolores. Sin salvación posible… Esas fueron tus palabras. Fred. Apuesto que ahora las recuerdas.

Bottoms no respondió.

Había caído del sofá.

Retorciéndose por el suelo. Con las manos crispadas sobre el vientre. Aullando en desgarradores alaridos.

Paul Hawkins volvió a llenar la copa de champán. Y reclinándose en el sillón se dispuso a contemplar la torturante agonía de Fred Bottoms.

Capítulo VII

UN día luminoso de sol. Una alta temperatura hacia quemar el asfalto en las calles de Dallas. A poca distancia del Memorial Auditórium se estaba construyendo un gigantesco bloque de edificios. En su primera fase. Infinidad de obreros deambulaban por la zona. Modernas máquinas. Hormigoneras. Cemento…

Arthur Griggs y Perry McNicol parecían muy interesados en una de las secciones de la construcción. Una máquina vomitaba cemento en el interior de una de las columnas.

—Bien… Ahí queda Fred Bottoms —sonrió Griggs—, Es una bonita tumba de cementerio. Jamás se encontrará su cadáver.

En los hundidos ojos de Perry McNicol asomó un destello burlón.

—Yo no estaría tan seguro. La construcción de esos bloques está patrocinada por el clan de Piccoli. Apuesto que ahorra en el material.

—Tanto mejor —rió Arthur Griggs—, Si se derrumba el edificio sepultará aún más a Fred.

Los dos hombres se encaminaron hacia la calzada.

Aproximándose a dos vehículos estacionados uno tras el otro.

Arthur Griggs se detuvo ante el primero de ellos. Le fue abierta la portezuela desde el interior.

—Te llamaré a mí regreso. Perry.

—¿No quieres que te acompañe? Yo puedo…

—No es necesario —interrumpió Griggs— Se trata de un pequeño problema. Y también me gusta en ocasiones hacer los trabajos sucios. El Paso es una ciudad importante para nosotros. Desde el primer momento debemos imponer nuestra ley. Solucionaré *esas* rencillas con la organización de Karl Wallach personalmente. Además… tú tienes trabajo aquí.

—¿Te refieres a lo de Elissa Scott?

—Correcto. Perry. Paul espera soluciones. No es prudente irritarlo. Tú no lo conoces bien, pero te aconsejo lo *informes* cuanto antes del éxito de tu misión. Adiós, muchacho.

Arthur Griggs se introdujo en el vehículo.

El auto se alejó, mientras que Perry McNicol encendía un cigarrillo con pausados ademanes. Entornó sus hundidos ojos. Pensativo. Ciertamente no conocía bien a Paul Hawkins: pero después de lo de ayer tenía alguna noción. Un individuo que se desplaza desde Los Angeles a Dallas en un Super-Jet privado. En viaje relámpago de ida y vuelta. Sólo para meter una bala en las tripas de Fred Bottoms y saborear una botella de champaña.

Ese era Paul Hawkins.

No podía encargar que liquidaran a Bottoms. Tenía que hacerlo él mismo. Tenía que ser él quien castigara la traición y disfrutara

contemplando la lenta agonía de Fred Bottoms.

—¡Eh, Perry…!

McNicol desvió la mirada hacia el otro vehículo estacionado en la calzada. Un Ford «Maverick» coupé de dos puertos. Un individuo, frente al volante, asomaba la cabeza por la ventanilla.

Perry McNicol se aproximó con el cigarrillo en los labios.

—¿No vamos tras el jefe, Perry?

McNicol se acomodó en el asiento. Esbozó una fría sonrisa a la vez que apartaba el cigarrillo de la boca.

—¿El jefe? El jefe soy yo, Alex. ¿Acaso lo has olvidado?

No hubiera sido extraño aquel olvido en Alex Burnett. Había servido a muchos amos. Y últimamente su cabeza no funcionaba del todo bien. A decir verdad, dejó de funcionar correctamente después de su comba te contra Freddie Hoff ron con el título de los semipesados en juego Alex Burnett fue encumbrado por la mafia del boxeo. Y esa misma mafia lo hizo caer, pero eso él lo ignoraba.

Alex Burnett no razonaba muy bien, pero era fiel como un perro. Y obedecía cualquier orden.

—Creí… creí que el señor Griggs…

—Arthur Griggs es un vulgar enviado. El único jefe de todo es Paul Hawkins. Griggs está aquí para limar asperezas con otras organizaciones y establecer contactos. Yo dirijo la organización de Hawkins en Dallas. Soy el delegado. Puedo actuar a mí antojo. El propio Paul Hawkins me dio ayer carta blanca. Soy el jefe, ¿entendido?

—Lo que tú digas, Perry.

McNicol se reclinó en el asiento.

Se estaba engañando a si mismo. Y era consciente de ello. No le agradaba la presencia de Arthur Griggs en Texas. De lugarteniente de Paul Hawkins en California podía pasar a ser el jefe local en Texas. Perry McNicol era ambicioso. Demasiado ambicioso. Quería hacer grandes cosas. Hazañas espectaculares. Demostrar al poderoso Paul Hawkins que era un elemento insustituible.

—¿Dónde vamos, Perry? ¿A casa?

McNicol parpadeó.

Rompiendo el hilo de sus pensamientos.

—No… Tenemos un pequeño trabajo. Enfila hacia Barrio Wyler.

Fue un largo trayecto hasta alcanzar la aislada zona de Wyler. Alex Burnett conocía Dallas como la palma de su mano; no obstante le resultó difícil encontrar el recóndito Sheen Road.

—Condenación… ¡Otro cementerio! —exclamó McNicol, posando su mirada en lo alto de la colina—. Ayer en el de Roos Hill y ahora…

—Este no está habitado.

McNicol rió divertido.

—¿Habitado? ¿Existen cementerios habitados?

Alex Burnett parpadeó repetidamente para terminar por unir su desaforada carcajada a la de McNicol.

—¡Infiernos, no…!

—Aminora un poco la marcha. Alex. Nos estamos aproximando. Busco el…

Perry McNicol enmudeció.

A izquierda y derecha de Sheen Road, entre modernos bungalows y solares en venta, destacaban algunas viejas casas ya declaradas en ruinas.

Y lo que hizo silenciar a McNicol fue el divisar el amurallado recinto por donde asomaban altos cipreses.

—Es… es aquí… Este es el 1434 de Sheen Road…

Burnett detuvo el vehículo. Y bizqueó al dirigir una mirada a la reja de la muralla. Abierta en tan solo una de sus metálicas hojas.

—¡Qué caserón…!

Perry McNicol reaccionó descendiendo con rapidez del auto. En su rostro una mueca de mal contenida ira.

—Apuesto que el bastardo de Fred Bottoms nos la ha jugado… ¡Esto parece deshabitado! ¡Fíjate en la reja!

Alex Burnett también descendió del vehículo. Se aproximó a McNicol que zarandeaba furioso la inmovilizada hoja de la reja. Atenazada por ramas trepadoras y arbustos.

—Déjame a mí, Perry.

—No te molestes —dijo McNicol, adentrándose en el amurallado recinto—. De seguro no será necesario entrar el auto. Aquí no hay nadie. Mira el jardín… ¡Es una selva!

El sol dejaba sentir con virulencia sus rayos, aunque en el interior de aquel recinto, entre aquella *salvaje* frondosidad, se acusaba una penetrante bocanada de humedad que casi hacía estremecer.

Avanzaron por el sendero que conducía a la casa.

Y lograron divisar, tras el caserón, la cercana colina del cementerio. Con su semidestruida muralla. Con sus tristes y abandonadas tumbas.

—¡Bonito panorama! —rió McNicol—. ¡Una casa *con vistas al cementerio*!

—Esto parece otro mundo —añadió Alex Burnett, alzando la mirada hacia los altos cipreses—. Este jardín, el silencio, el caserón aislado y sin vecinos… Un buen refugio, ¿verdad, Perry?

McNicol no respondió.

Se había detenido bruscamente a pocas yardas de la casa. Con los ojos fijos en unos arbustos que se movían como si alguien acechara tras ellos.

Burnett también se percató de ello.

—¿Qué puede ser eso, Perry?

Las ramas dejaron de moverse.

Y McNicol no se molestó en indagar.

—Alguna serpiente. ¡Incluso un cocodrilo! —masculló Perry McNicol, subiendo los escalones del porche—. No me sorprendería.

Fue Alex Burnett quien golpeó con su poderoso puño derecho la puerta de la casa.

Una y otra vez.

Perry McNicol procedió a encender un cigarrillo.

—Si nadie responde forzaremos la…

Se escuchó el deslizar de un pasador metálico. También el de una cerradura. La puerta se fue entreabriendo con lentitud.

Los hundidos ojos de Perry McNicol se empequeñecieron.

Fijos en el individuo.

Un hombre de abundante cabello níveo. De rostro alargado y surcado por profundas arrugas. Se cubría con una larga bata.

—¿Qué desean?

—¿Doctor Sternberg?

—Sí, yo soy.

Perry McNicol extrajo una fotografía del bolsillo superior de la chaqueta. Una fotografía a color de Elissa Scott. Un primer plano de su bello rostro.

—¿La conoce?

Brian Sternberg tomó la fotografía. Su diestra acusó un imperceptible temblor que, sin embargo, fue detectado por el astuto McNicol.

—Si… creo que fue la muchacha que acudió en respuesta de mi anuncio. Hace algunos días… No puedo asegurarlo. Mi vista no es muy buena y…

—Es ella —interrumpió secamente McNicol—. Se presentó aquí en respuesta del anuncio. ¿Qué ocurrió después?

—¿Ocurrir…? No lo comprendo. Ya tenía el puesto ocupado… y tampoco me pareció una chica apropiada para el trabajo solicitado.

—Se marchó, ¿eh?

—En efecto.

—Vamos a echar un vistazo a su casa, doctor.

—¿Por qué? —inquirió Brian Sternberg, sin hacerse a un lado para permitir el paso—, ¿Qué buscan? ¿Son policías?

Alex Burnett rió estúpidamente.

Aquello le había hecho gracia.

—No somos policías —rió también Perry McNicol—; pero no se preocupe. Tampoco vamos a robarle nada.

—No les permitiré que…

—¡Aparta, condenado viejo…! Ocúpate de él. Alex.

Perry McNicol se adentró en el *living*. Después de empujar violentamente al doctor Sternberg. Este quedó inmovilizado contra la pared por las poderosas manos de Burnett. Sujeto por las solapas.

McNicol avanzó por el corredor. Abriendo cuantas puertas encontraba a su paso y examinando las habitaciones. Al retornar al espacioso *hall* fijó la mirada en la escalera que conducía al piso superior.

—Voy arriba a…

—¡No! ¡No tienen derecho! —gritó Brian Sternberg—. ¡No puede subir!

—¿Qué ocurre? —rió McNicol, iniciando sus pasos hacia la escalera—. ¿Esconde algún tesoro?

De nuevo el doctor Sternberg volvió a gritar. Unas llamadas de auxilio que desconcertaron a McNicol y Burnett.

—¡Kat…! ¡Blit…! ¡a mí!

Perry McNicol retrocedió sobre sus pasos.

Con las cejas arqueadas.

—¿Qué diablos…?

Se escucharon infrahumanos gruñidos guturales. Procedentes del selvático jardín. Los arbustos se agitaron. Cerca de la casa.

—¡Cierra la puerta, Alex! Sin duda son perros que…

Alex Burnett fue muy torpe de movimientos. Cuando quiso cumplir la orden de McNicol, los vio aparecer.

Y no eran perros.

Burnett agrandó los ojos al contemplar aquellos dos animales que corrían hacia el porche. Eran dos gigantescas ratas. De cabeza desproporcionada. Orejas muy salientes. Patas largas. Abriendo y cerrando la boca a la vez que lanzaban roncos gruñidos. Descubriendo un afilado colmillo amarillento… Salvaron los escalones del porche en ágil salto.

—¡Atacar! —gritó nuevamente Brian Sternberg—, ¡Kat…! ¡Blit…! ¡Atacar…!

Y la primera de las ratas se abalanzó sobre Alex Burnett.

En inverosímil salto.

Imitando al más furioso de los perros. En su increíble salto alcanzó el cuello de Burnett. Aferrándose a él. Con el gris pelaje erizado. Los ojos llameantes. Emitiendo aquellos gruñidos guturales. Inauditos en una rata.

Alex Burnett había soltado al doctor.

Y gritó al sentir la dentellada en el cuello.

La segunda rata también saltó sobre Perry McNicol, pero éste la esquivó. Con dificultad. Alucinado por la visión del extraño y repulsivo animal. La deforme rata giró furiosa. Palpitando su voluminoso cuerpo. Abriendo y cerrando las fauces de su enorme

cabeza. Acentuando sus gruñidos hasta… hasta emitir un ladrido.

Si.

Aquel horrible animal había ladrado.

Perry McNicol, pálido y espeluznado, llevó su diestra a la funda sobaquera. Extrajo el revólver. Y sin vacilación alguna apretó el gatillo. Un certero disparo *a la cabeza del animal. Reventándola.*

Burnett había logrado zafarse de la rata. Sujetando la con ambas manos había arrojado al suelo violenta mente. Y ahora la pisoteaba con furia.

—¡Maldita…! ¡Maldita…!

—Ya basta. Alex. No es necesario hacer una alfombra con ella.

Burnett todavía continuó pisoteándola. Jadeante y con el rostro crispado. Hasta ser apartado por McNicol. Este arrojó al destripado animal fuera del living de un puntapié. Hizo otro tanto con la segunda rata.

Y luego, después de cerrar la puerta, se aproximó a Brian Sternberg.

—Muy interesante, doctor… Dos ratas obedeciendo *como perros.*

—No… no eran ratas. Perry —murmuró Alex Burnett, acariciándose el cuello—. Estoy… estoy sangrando….

—Hay un cuarto de baño con un botiquín —dijo McNicol—. Lo he visto al final del corredor. Échate algo en la herida.

—No eran ratas… No eran ratas…

Alex Burnett se alejó por el pasillo con vacilante paso.

McNicol rió.

Apoyó el cañón del revólver bajo la barbilla de Brian Sternberg.

—Ciertamente son unas ratas un tanto… especiales. ¿Te dedicas a experimentar con animales, doctor? ¿Cuál es tu especialidad?

—¿Qué pretenden? ¿Quiénes son ustedes?

—Estoy interesado en lo ocurrido a Elissa Scott. Fue asesinada, ¿sabes? De seguro lo has leído en los periódicos. Todavía se habla de ello. Un cuerpo femenino horriblemente mutilado. Apareció en el Loy Park, pero fue conducido hasta allí por el asesino. Un cuerpo desgarrado y… Un momento. Eso me recuerda a tus… extraordinarias ratas. ¿Existen otros animales? ¿En el piso de arriba? Uno de tus animales atacó a Elissa; aunque tú, antes de ello, violaste a la chica. Te enloqueció la belleza de Elissa, ¿eh, viejo?

—No sé de qué habla… Yo no…

—Vamos arriba, doctor.

—¡No…! ¡Fuera de mi casa…! ¡Fuera…!

Brian Sternberg, pese a la amenaza del revólver, intentó atacar a McNicol. Este fue contundente en su respuesta. Golpeó la cabeza de Sternberg con el cañón del arma. Un brutal golpe que hizo caer sin sentido al doctor Sternberg.

—Viejo del infierno…

Perry McNicol se encaminó hacia la escalera.

Al llegar a la baranda dudó en el camino a seguir. Divisó la escalera de caracol que conducía a la buhardilla. El corredor…

Se dirigió hacia la puerta situada casi frente al rellano.

Penetró en la estancia.

Fueron pocos minutos. Cinco. Tal vez menos. Retornó Perry McNicol. Pálido como un cadáver. Con una mueca de incredulidad y espanto reflejada en el rostro. Se apoyó unos instantes en el pasamanos. Comenzó a descender la escalera.

A falta de cuatro peldaños, resonó el grito.

Era Alex Burnett.

Aullando como un poseso.

McNicol corrió hacia el cuarto de baño. De nuevo con el revólver en la diestra. Se detuvo bajo el dintel.

Alex Burnett se retorcía en el suelo. Con el rostro violáceo. Arrojando espuma por la boca. Ambas manos aferrando el cuello. Agitándose presa de horribles convulsiones.

Súbitamente quedó inmóvil.

Rígido.

Muerto.

Capítulo VIII

BRIAN Sternberg entreabrió los ojos. La proximidad de la lámpara le hizo cerrarlos de nuevo. Se llevó las manos a la cabeza a la vez que ahogaba un gemido.

—¡Eh, doctor…! ¡No te vuelvas a dormir!

Sternberg abrió los ojos de nuevo. Se encontraba reclinado en el sofá del salón. La claridad *del día ya* no llegaba por los ventanales. Las sombras del atardecer eran combatidas por dos lámparas.

Divisó borrosamente al individuo.

Sentado frente a él. Con un vaso en la zurda. Sobre la mesa una botella de whisky.

—¿Un trago, doctor…? Te sentará bien. Creo que es el momento de las presentaciones. Mi nombre es Perry McNicol.

Sternberg aceptó con temblorosa mano el *vaso* de whisky.

Fue entonces cuando reparó en los papeles depositados sobre la mesa. Junto a la botella. Y el ajado rostro de Brian Sternberg se crispó. Trató de incorporarse.

—Esos… esos papeles… ¡Son privados…! ¡No puede…!

—Tranquilo, doctor —interrumpió McNicol, burlón—, No me obligues a atizarte otra vez. Estos papeles los he encontrado arriba. En tu laboratorio. Hay más. Muchos de ellos incomprensibles para mí, pero me he hecho una idea. Es fácil después de ver tu… muestrario.

Sternberg bebió el whisky.

A pequeños sorbos.

—Puedo… puedo darle dinero…

—¿De veras? ¿Cuánto dinero, doctor?

—Pues… mil dólares.

McNicol rió en sonora carcajada.

—No eres muy generoso, viejo. Mil dólares por no denunciar a un asesino. Me parece muy poco. Apuesto que también te gustará que queden en secreto tus… experimentos.

—Yo no maté a Elissa Scott.

—¿No? ¿Quién fue? ¿Cuál de… *ellos*? No pudo ser ese monstruoso perro convertido en serpiente. Todavía está sometido a… tratamiento en la mesa de *operaciones. He* visto *tus jaulas y vitrinas. En la recámara del* laboratorio. Ese alacrán transformado en espeluznante tarántula, una especie de alucinante gato pez removiéndose en turbias aguas de una vitrina, un inofensivo jilguero con ojos de búho y cuerpo hinchado, un conejo con zarpas de…

—Son… son experimentos…

—¡Oh, sí! Por supuesto, doctor. He leído algunos de sus apuntes. Parece ser que los pioneros fueron unos científicos de la Universidad de Yale. Genes humanos implantados en animales. Genes humanos en

ratas y dos generaciones después, sus descendientes habían asimilado el código genético en ciertas características de su abuelo, el hombre. Introducir, en el mensaje genético de animales experimentales, genes humanos transformados en los laboratorios. Se realizaban las mutaciones deseadas. Se pueden crear superrazas de animales. Una mutación, otra… Muy interesante. Hasta plantearse la hipótesis de si es posible en animales, ¿por qué no en el hombre? Sería magnífico. Un hombre con la vista del halcón, la agilidad del puma, la orientación de los murciélagos…

—Nadie ha experimentado con el hombre.

—Tus escritos parecen indicar lo contrario.

—Sólo son hipótesis. Conjeturas. Me limito a experimentar con animales. Intercambiando genes.

—No soy un patán, doctor. Cierto que no alcanzo a descifrar el contenido de muchos de tus escritos, pero hablas de experimentos con el hombre. Incluso el haber logrado una espeluznante mutación casi instantánea. Algo que…

—No sea ridículo —interrumpió Brian Sternberg, nerviosamente—. Todo son simples hipótesis. Teorías sin confirmar.

—¿Quién te ayuda en tus experimentos?

—Nadie.

—¿Estás solo? ¿Solo en la casa?

—Si.

—Supongo que, después de haberte desembarazado de Elissa Scott, tienes una flamante ama de llaves. Eso es lo que solicitabas en tu anuncio. Una mujer para cuidar la casa y prepararte la comida.

—He desistido de ello. No contraté a nadie. ¡Y yo no maté a Elissa Scott! Se marchó de aquí. ¡Y usted hará otro tanto…! ¡Fuera de mi casa o avisaré a la policía!

McNicol sonrió.

Sin inmutarse.

—¿De veras? Adelante, doctor. No me gusta la policía, pero resultará divertido verle dar explicaciones sobre los animales de su… laboratorio. Y también justificar la muerte de mi amigo. El pobre Alex quedó frito después de ser mordido por una de sus… ratas.

Brian Sternberg inclinó la cabeza.

Abatido.

—Puedo ofrecerle cinco mil dólares. Cinco mil dólares por olvidar todo cuanto ha visto aquí.

—Es una buena cantidad, doctor; pero espero sacar mucho más. Tengo un amigo. Un hombre de confianza. Es un tipo ya acabado, aunque en sus buenos momentos fue aclamado como ilustre científico. Se trata del doctor Allen Warden. Biólogo. Cayó en desgracia por culpa de la heroína. Haré que eche un vistazo a tus papeles.

—¡No lo consentiré…! ¡No lo consentiré…! ¡Nadie entrará aquí…! ¡Nadie debe entrar aquí!

Sternberg pareció volverse loco.

Sólo así se explica su suicida ataque contra Perry McNicol. Se abalanzó sobre la mesa donde reposaba el revólver. Aquella inesperada reacción sorprendió a McNicol que no logró evitar que el doctor entrara en posesión del arma. Sí le atenazó la muñeca.

—¡Maldito viejo! ¡Suelta el…!

Se escuchó una ahogada detonación.

Brian Sternberg dejó de porfiar. Desencajó el rostro a la vez que soltaba el humeante revólver. Alargó las manos hacia la chaqueta de McNicol. Pugnando por no caer.

Perry McNicol chasqueó la lengua.

—Tú te lo buscaste, doctor… No hay que jugar con las armas de fuego. Es muy peligroso.

Sternberg fue resbalando poco a poco. Sus crispados dedos deslizándose por la chaqueta de McNicol. Quedó de rodillas.

Perry McNicol lo empujó. Evitando mancharse con la sangre que manaba del pecho de Sternberg. Este comenzó a murmurar ininteligibles palabras.

—¿Rezas? Eso está bien, vicio —rió McNicol, recuperando el caído revólver—. Te quedan segundos de vida.

Fue al inclinarse para coger el arma.

Pudo entonces oír algunas de las susurrantes palabras de Sternberg.

Sí.

Ciertamente estaba rezando. Implorando una y otra vez el nombre de Satanás. En una blasfema plagaría que hizo estremecer a McNicol.

—¡Termina ya, viejo loco! —exclamó McNicol, alejándose nerviosamente—. *¿Acaso* estás ya en el infierno?

Brian Sternberg comenzó a reír.

Una risa que fue ahogada por una bocanada de sangre. Quedó inmóvil. Con la mueca de aquella risa grabada en el rostro. Con los ojos muy abiertos. Fijos en McNicol. Y era tal el demoníaco destello en aquellos ojos desorbitados que, ciertamente, parecía como si Sternberg hubiera cruzado los umbrales del Averno.

Capítulo IX

PROSTITUCIÓN de lujo en los elegantes salones del Royal Flush. Un club social al que no todos tenían acceso. Ocupaba todo un edificio en Keller Street. En el corazón de Dallas. A muy poca distancia del Lake Cliff. Un edificio de cuatro plantas. Salón restaurante, snack *bar* en todas *las* plantas, night-club, discoteca, sala de juego, reservados…

El local estaba registrado a nombre de Bruce Forrest. Un hombre de paja. El Royal Flush pertenecía a la organización de Marco Piccoli. Y era una tapadera para la prostitución de lujo, el tráfico de drogas con la alta sociedad y el juego a gran escala.

Por los diferentes salones del Royal Flush podía verse a alguna que otra destacada figura del cine o la televisión. A cotizadas y populares modelos de publicidad. A damas que se suponía inalcanzables… y allí estaban. Controladas por el clan de Piccoli. Políticos, magnates, hombres de negocios, altos ejecutivos… Ellos eran los clientes para las refinadas damas del Royal Flush.

Todo muy discreto.

Incluso dejaban creer al cliente que era él quien conquistaba a la dama de turno.

Eddie Hackford se encontraba en uno de los taburetes del coquetón bar. En la segunda planta del Royal

Flush. Frente a un Manhattan. El tercero de la tarde.

Consultó el reloj de pulsera por enésima vez.

Llevó su diestra hacia la cajetilla de Pall Mall depositada sobre el mostrador. Encendió el último cigarrillo del paquete sin evitar una mueca en el rostro.

Eddie Hackford odiaba tener que esperar.

Y ya llevaba allí más de una hora.

En ese tiempo había visto entrar y salir infinidad de parejas. Algunas de ellas hacia el salón de juego, otras al night-club y la mayoría, en dirección a los reservados. Las chicas del Royal Flush tenían clase. Jamás se insinuaban al cliente. Todo lo contrario. Incluso algunas parecían rehuir la mirada.

Como la jovencita del rincón.

Eddie Hackford exhaló una bocanada de humo.

La iluminación en el saloncito, aunque tenue, no se transformaba en penumbra. De ahí que Hackford pudiera admirar la belleza de la joven.

Ocupaba una apartada mesa del local. Luciendo un juvenil y elegante conjunto en Kasha adornado con pañuelo en gasa de seda. El rostro de la muchacha era de un óvalo casi perfecto, ojos almendrados, nariz pequeña y labios de suave curva que acusaban un sempiterno brillo de humedad.

Eddie Hackford no le calculó más de veinte años.

Y le resultaba amargo admitir que aquella linda jovencita podía ser una más en la plantilla de Marco Piccoli.

No era la única mujer sola del local. Había tres más. En diferentes mesas. En actitud pasiva. Casi indiferentes a su entorno. Esperando. En ocasiones se acercaba un individuo, uno de los empleados del Royal Rush, y les entregaba un papel. Una cita. También actuaban como *call-girl*, aunque para clientes muy especiales.

Gente importante que deseaba el encuentro en un lugar aún más discreto que el Royal Flush.

Eddie Hackford mantenía la mirada en la muchacha de los ojos almendrados. Y ella, percatándose, apartaba tímidamente la mirada.

Hackford sonrió.

Las chicas del Royal Flush tenían muy bien aprendida la lección.

Se abrió la puerta del coquetón salón. Y apareció una escultural rubia de grandes ojos azules. De unos veinticinco años de edad. Con un seductor vestido que resaltaba su cuerpo pródigo en curvas. Acudió hacia el mostrador.

Y Eddie Hackford saltó del taburete avanzando a su encuentro.

—Maldita sea. Charlotte… Llevo más de una hora esperando.

—Hola. Eddie…

La tenue voz de la mujer hizo parpadear a Hackford. También reparó en la palidez de su rostro.

—¿Ocurre algo, Charlotte? ¿Te encuentras bien?

—Sí… Vamos a una mesa.

Eddie Hackford hizo una seña al camarero para que le llevara el Manhattan a la mesa. Charlotte solicitó un brandy. Abrió su bolso de mano para extraer una cajetilla de Triumph. Hackford se resignó a fumar uno de aquellos cigarrillos mentolados.

—Creí que ibas a faltar a nuestra cita, Charlotte.

—Casi la había olvidado…

—Eso no resulta muy halagador para mí —dijo Eddie Hackford, simulando una compungida mueca—. Durante todo el mes no has faltado ninguno de los días fijados. Dos días a la semana. Tampoco es mucho.

—Estoy jugando con fuego, Eddie.

—Tonterías. Ya hemos hablado de ello. ¿Te he hecho alguna pregunta comprometida? ¿Te he preguntado nombres? Yo no soy policía, Charlotte. Sólo soy un escritor. Un novelista. Y estoy escribiendo sobre vosotras. Sobre las mujeres controladas por el Sindicato del Vicio.

—Sobre las furcias.

Hackford ahogó un suspiro.

—Ciertamente hoy no estás de humor.

Charlotte se llevó el cigarrillo a los gordezuelos labios. Sin evitar un leve temblor en su mano. También sus labios acusaron un imperceptible balbucear.

—No… no lo estoy.

—¿Qué te ocurre, Charlotte?

—Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

La mujer tomó ahora la copa de brandy. Y el temblor de sus manos resultó visible. También pareció incrementarse la palidez de sus facciones.

—En ti puedo confiar. Eres mi amigo, ¿verdad, Eddie?

—Por supuesto.

El esbozo de una sonrisa asomó al rostro de Charlotte. Fijó sus azules ojos en Eddie Hackford. Un hombre de unos treinta años de edad. De correctas y varoniles facciones. Atlético y con vestimenta deportiva.

—Lo sé… Desde el primer momento. Inspiras confianza, Eddie. Cuando te presentaste a mí solicitando que te hablara de… de nosotras y de nuestras actividades; no dudé de tu sinceridad. No tratabas de engañarme ni sonsacarme datos comprometedores. Te limitaste a hacer preguntas sobre nosotras, nuestras circunstancias, nuestros sentimientos, nuestras rotas ilusiones… He leído alguna de tus novelas. «Los tentáculos», «Escoria»… Obras de un tal Dean Hooper. Ahora conozco y admiro a quien se esconde tras ese pseudónimo.

Novelas de denuncia. Amargas, aunque siempre dejando un resquicio a la esperanza. Quieres escribir ahora sobre los Sindicatos del Vicio. Descubrir el vicio organizado. Drogas, prostitución, juego…; aunque no por el lado de los explotadores, sino por el de los explotados.

—Hablemos de ti, Charlotte. ¿Qué te preocupa? ¿En qué puedo ayudarte?

—Llevo un par de días con Perry McNicol. Es un hombre perteneciente al clan de Hawkins, de Los Angeles. Está abriendo mercados para el sobrante de drogas en California. Mantiene, al menos de momento, buenas relaciones con Marco Piccoli. Lo conocí en una de las fiestas de Piccoli. Entablé relaciones con él. Y ahora…

—Sigue, Charlotte.

La mujer vació la copa de brandy.

Su voz se hizo más tenue.

—Perry McNicol ha comprado un viejo caserón en las afueras de Dallas. Hace tan sólo unos días. Allí parece haber instalado su cuartel general. Se ha rodeado con sus hombres de confianza. Nos ha hecho acudir a mí y a otras dos chicas para amenizar la estancia, arreglar la

casa, prepararles la comida…

—Todo un hogar.

Charlotte esbozó una sonrisa.

Aceptando el sarcasmo de Hackford.

—Sí. Sólo que allí ocurren cosas muy extrañas. Se nos ha prohibido terminantemente subir al piso superior. Allen Warden, un científico que permaneció años internado en un centro psiquiátrico, deambula por la casa. Parece ser que la casa perteneció a otro científico. A un tal Brian Sternberg. Ignoro qué ha sido de él, pero muchas de sus pertenencias siguen en la casa. McNicol afirma haber comprado la propiedad. Ciertamente es un buen refugio para hombres como Perry McNicol. Aislado, sin vecinos… y con fantasmas.

—¿Fantasmas?

—No te burles de mí, Eddie; pero puedo jurar que oigo gemidos por entre las paredes… lamentos de ultratumba… Tal vez alguno de los muertos del cementerio… El caserón está próximo a un cementerio abandonado y…

—No seas niña —interrumpió Hackford, reteniendo entre sus manos la zurda de la mujer—. Vamos a hacer una cosa. Aunque no llevo muy adelantada la novela, nos tomaremos un descanso. Una semana en Miami. A cuenta de mis derechos de autor, ¿qué te parece?

—No puedo, Eddie.

—¿Por qué no?

—Estoy con Perry McNicol.

—¡Al diablo con él!

Una amarga sonrisa se reflejó en el rostro de la mujer.

—No puedo hacerlo. Y tú, después de nuestras conversaciones, lo sabes. Puedo irme cuando McNicol lo diga. Nunca antes.

—Pero…

—Gracias por esa invitación, Eddie. Hoy creo que es también nuestra última entrevista. Me ha resultado muy difícil encontrar una disculpa para salir del caserón. ¡Oh, Dios mío…! No me gusta volver allí. Sé… sé que allí me espera la muerte. Lo presiento. Es algo que…

Charlotte se interrumpió.

Su mirada había quedado fija en la mesa donde se encontraba la joven de los ojos almendrados. Esta le hizo una seña acompañada de una sonrisa.

—Tiene gracia… Aquella chica de allí. Eddie —señaló Charlotte, con prudencia—. La del vestido azul.

Está deseosa de establecer contacto con Perry McNicol. Quiere entrar en el mundo del espectáculo. McNicol está introducido en agencias y demás. De ahí suministra nuevas chicas para sus burdeles de California e incluso parece que ahora quiere hacer la competencia a Piccoli. Esa estúpida jovencita quiere triunfar por la vía rápida. Quiere

que le presente a McNicol. Lleva semanas insistiendo en ello.

—¿Por qué no lo haces? Apuesto que el tal McNicol agradecerá el… material.

—No lo dudo, pero esa chica… no sé… me parece muy joven. Incluso, y pese a su aparente aspecto mundano, muy inexperta. Fuera de lugar. Está aquí como cliente. No pertenece a la plantilla del Royal Flush. Debe ser muy ambiciosa para atreverse a frecuentar este local. Cualquier día caerá en las garras de Marco Piccoli.

—Ya me extrañaba que no fuera reclamada por ningún cliente. Es una preciosidad.

—Mírala bien, Eddie. Si cae en la organización de Piccoli o la de McNicol, toda su juventud y belleza se marchitará en un par de años. Y entonces pasará a establecimientos de segunda clase. Luego a los burdeles de los barrios bajos. Y, por último, cuando convertida en un despojo humano no sea deseada por nadie, arrojada al asfalto. Ese es el fin de todas nosotras.

—Tú puedes evitar ese destino, Charlotte.

La mujer se incorporó.

Con triste sonrisa.

—Demasiado tarde para mí, Eddie. Adiós… Debo irme.

—¿Cuándo nos…?

—Ya no más visitas, Eddie —interrumpió Charlotte—. Creo que no volveremos a vernos.

Hackford si volvería a ver a Charlotte.

En la Morgue.

*

Eddie Hackford abandonó el Royal Flush.

Encaminó hacia el parking. Y fue allí donde encontró a la joven de almendrados ojos. Sonriéndole seductora.

—Hola…

Hackford empequeñeció los ojos.

Fijos en la muchacha.

—Hola —respondió correspondiendo a la sonrisa—, ¿Me esperabas?

—No consigo poner en funcionamiento mi auto. ¿Puedo ir contigo?

Eddie Hackford amplió la sonrisa de su rostro.

Ahora marcadamente cínica.

—Seguro.

El auto de Hackford era un Chevrolet «Monza» coupé, color gris niebla. Abrió la portezuela para que se acomodara la *joven.*

—¿Cuál es tu dirección? —inquirió Hackford, ya frente al volante.

—Pues… Había quedado citada en el Royal Flush para cenar, pero me han dado plantón.

—Hay mucho insensato suelto por Dallas. Yo jamás abandonaría a una mujer bonita.

—Lo has hecho con Charlotte. La has dejado marchar. Os he visto conversando en el salón. Charlotte es amiga mía, ¿sabes? Yo soy Kathryn Streep. ¿Cuál es tu nombre?

—Hackford. Eddie Hackford.

—¿Cenamos juntos, Eddie?

Hackford, ya en marcha el Chevrolet, desvió fugazmente la mirada hacia la muchacha. El comportamiento de la tal Kathryn le parecía forzado. Fingido su entusiasmo.

—Voy a mí apartamento, nena. Allí me espera un pollo frío y latas de conservas. Ese es el menú.

—¡Me encanta el pollo frío!

El Chevrolet ya se alejaba de la zona del Lake Cliff enfilando hacia la Elsbeth Avenue. Se detuvo ante un obligado stop. Y Eddie Hackford aprovechó para, ladeándose en el asiento, atrapar los hombros de la muchacha y estamparle un beso en la boca.

Kathryn no reaccionó.

Permaneció inmóvil.

Sin corresponder a la caricia ni rechazarla.

—No eres muy fogosa, Kathryn —sonrió Hackford, reanudando la marcha del vehículo—. Hablando pareces más entusiasta.

—Me… me has sorprendido.

—¿De veras? ¿Cuál es tu tarifa, Kathryn?

—¿Mi… mi tarifa?

—Eres amiga de Charlotte, ¿no? Antes de subir a mí apartamento es mejor aclarar conceptos. Me agradaría mucho compartir contigo el pollo frío. Incluso tengo una botella de champán. No esperes recibir más, nena. Ni un centavo. No es mi costumbre pagar.

Un leve rubor bañó las mejillas de Kathryn.

—Te equivocas conmigo —respondió la joven, esforzándose por sonreír—. Soy amiga de Charlotte. Sólo eso, Eddie. ¿Entiendes? Quiero una oportunidad para trabajar en el cine o la televisión. Me han hablado de Perry McNicol. Un hombre muy influyente en el mundo del espectáculo. ¿Conoces tú a McNicol?

—Yo conozco a mucha gente.

—Tal vez puedas ayudarme, Eddie. Yo te quedaría muy… agradecida.

Fue Kathryn la que ahora se aproximó. Pegándose a Hackford. Este percibió el calor que emanaba del cuerpo femenino.

—Vamos a tener un accidente de tráfico, nena… No me pongas nervioso.

La muchacha se separó riendo en cantarina carcajada.

—Te burlas de mí. No me pareces hombre frágil de nervios. ¿Dónde vives?

—Ya estamos llegando. Ahí… En la Murch Avenue. Tengo un apartamento en el Hoxie Building.

Kathryn parpadeó.

—¿En el Hoxie Building?

—Ahá. ¿Ocurre algo?

—No…

El Hoxie Building, un gigantesco edificio colmena, contaba con seis entradas de acceso al parking subterráneo. Eddie Hackford enfiló por una de ellas estacionando en la correspondiente plaza. Desde allí encaminaron sus pasos hacia el elevador.

Hackford pulsó el mando de la planta ocho.

—Tenemos tiempo para un largo beso, nena…

Ahora abarcó la cintura de Kathryn. Atrayéndola contra sí. Unió sus labios a los de la joven a la vez que descendía las manos hacia el prominente trasero.

Y Kathryn lo rechazó.

Riendo forzadamente.

—Un poco de paciencia, Eddie… Antes tenemos que hablar.

—¿Hablar? ¿De qué?

El elevador se detuvo. Y Kathryn salió precipitadamente de la cabina. Con aquella forzada sonrisa en los labios. Seguida de la burlona mirada de Hackford. Este se dirigió hacia uno de los corredores introduciendo la llave en la puerta señalizada con las siglas 812-HB.

Iluminó el *living* y el contiguo salón.

—El apartamento no es gran cosa, Kathryn: pero encontrarás de todo. Pequeño y confortable. Vamos a beber un…

—¿Dónde está la cocina? —interrumpió Kathryn—, Tengo hambre.

—No es mala idea… ¡También yo tengo hambre!

En el frigorífico había algo más que pollo frío.

Kathryn demostró tener conocimientos culinarios. Preparó un exquisito plato combinado con el pollo, tomate, queso, jamón, guisantes…

—¡Parece imposible! —rió Hackford, ya próximo a terminar el contenido del plato—. ¡He cenado mejor que en el Chateaubriand!

—¿Te preparo café?

—No. Mejor unas copas de brandy. Vamos al salón.

El mueble principal del salón ocupaba casi la totalidad de una de las paredes. Era un mueble biblioteca con vitrinas, emplazamiento para el televisor y bar.

Eddie Hackford manipuló entre las botellas.

—Puedes ir poniéndote cómoda, Kathryn. Eso es lo que se dice, ¿no? El dormitorio está al final del pasillo.

La joven no se movió.

Estaba con la mirada fija en la biblioteca. La mayoría de las obras de Dean Hooper. Con varios de los ejemplares repetidos.

—¿Por qué tienes duplicadas las obras de Dean Hooper? Es un buen escritor, pero no para comprar las novelas más de una vez.

—Jamás se me ocurriría comprar un ejemplar de Dean Hooper —rió Hackford—. Son regalos del editor. Los ejemplares de obsequio al autor.

Kathryn parpadeó.

Perpleja.

—¿Tú… tú eres Dean Hooper?

—Correcto.

—¿Y conoces a Perry McNicol?

—¿McNicol? No le he visto en mi vida, nena. Ni tengo interés alguno en su persona. Por referencias de Charlotte me consta que es un hijo de perra.

—Me… me has engañado… Te has burlado de mí…

—¿Yo?

—¡Quería que me presentaras a McNicol! ¡Tú afirmaste conocerlo!

—Sólo comenté que conocía a mucha gente. Y es cierto, pero McNicol no entra en el círculo de mis amistades. Y te aconsejo que no lo busques. Olvida tus ambiciones de estrella de cine y…

—¡Vete al infierno!

Kathryn atrapó furiosa su bolso de mano.

—¡Eh…! ¿Qué haces, nena…? ¡No puedes irte ahora!

Eddie Hackford hizo ademán de ir tras la muchacha, pero en ese instante sonó el timbre del teléfono. Atrapó el auricular.

—¿Si…? Ah, eres… Charlotte… ¡Charlotte! —Hackford tecleó una y otra vez sobre el soporte—, ¡Charlotte…!

Kathryn había retornado sobre sus pasos.

—¿Qué ocurre, Eddie?

Hackford todavía sostenía el micro en su diestra. Lentamente lo depositó sobre la horquilla.

—Era… era Charlotte… Me pedía auxilio… que fuera a sacarla de allí… y al instante gritó… Un grito desgarrador…

—¡Vamos a la casa, Eddie! ¡Rápido!

—¡Maldita sea…! ¡No sé dónde está! Charlotte me habló de un caserón que…

—Yo sí sé dónde está —dijo Kathryn, precipitándose hacia el *living* — ¡Corramos antes de que sea demasiado tarde!

Capítulo X

ALLEN Warden rió como un poseso.

—Fíjate. Perry… ¡Mira…! ¿No es asombroso? ¡Y le he suministrado el tratamiento hace apenas unas cinco horas!

McNicol tragó saliva.

Impresionado por la visión de aquel cuerpo desnudo sobre la mesa de operaciones. Se trataba de Sidney Marks. Uno de sus hombres. Yacía atenazado por aquellos filamentos que partían de la camilla. Su piel había adquirido una pigmentación amarillenta y despedía un olor acre. Marcadamente viscosa. Le había caído el pelo. Por completo. Y en la cabeza le estaban asomando unas diminutas aletas. Al igual que en el dorso. Su rostro había sufrido una alucinante y monstruosa mutación.

—Es… es horrible…

—¿Horrible? —volvió a reír Allen Warden—, ¡Todo lo contrario, Perry! ¡Fantástico! Mañana, al amanecer, nuestro amigo Sidney se habrá convertido en un auténtico hombre-pez.

—¿Será fácil comunicarnos con él?

Allen Warden mesó sus cabellos. Era un individuo de ojos saltones. Unos ojos que acusaban un sempiterno destello demente.

—He leído con detalle todos los escritos del doctor Sternberg. Todos sus experimentos. Sus éxitos, sus fracasos… El intercambio de genes de animales, esos experimentos para crear criaturas monstruosas, fueron siempre éxito. Y los animales lo obedecían después del tratamiento y la dosis. He aplicado a Sidney esa sustancia que parece doblegar la voluntad. Te obedecerá como un esclavo. ¡Ah, infiernos…! El doctor Sternberg fue un genio. ¡Y yo también lo soy, Perry! No es fácil el interpretar y ejecutar todas estas fórmulas y demás.

—Lo Sé, Allen. Serás recompensado.

—¿Recompensado? ¡Esta es mi mejor recompensa, muchacho! ¡Vuelvo a estar en un laboratorio y experimentando en el más extraordinario descubrimiento del siglo! Sidney es sólo el primero, ¿verdad?

McNicol sonrió.

—Seguro… Esto es sólo el principio. Allen. ¿Conoces el Gran Aquarium Denison? Un fabuloso tinglado semejante al de Disneylandia. Allí ingresan dólares a raudales. Y en el Gran Aquarium Denison se vanaglorian de su caja fuerte submarina. Aseguran que sólo un pez puede acercarse a ella. ¡Nosotros enviaremos a Sidney!

—¡Condenación…! ¡Un hombre águila…! ¡Un Spiderman real…! ¡Un hombre-serpiente deslizándose por los conductos insalvables del National Bank…!

—Lo difícil será encontrar candidatos —rió Perry McNicol—. Fue necesario narcotizar al pobre Sidney. Nunca se hubiera presentado voluntario.

—Candidatos o candidatas —dijo Warden, con cruel mueca—, ¡Y ahora déjame continuar…! No me entretengas. Esto requiere mi máxima atención.

Perry McNicol dirigió una última mirada a… a *la cosa* de la camilla.

Sí.

Aquello ya no parecía humano.

Un escalofrío se apoderó de McNicol haciéndole borrar la sonrisa. Abandonó el laboratorio con precipitado paso. Terminaría por acostumbrarse. Era necesario. Pronto contaría con una legión de… de monstruos a sus órdenes. Unos hombres dotados de cualidades especiales. Y McNicol colmaría su ambición. Sería más poderoso que el mismísimo Paul Hawkins.

Risas y música hicieron sacudir la cabeza de McNicol.

Retornándolo a la realidad.

Descendió a la planta baja dirigiendo sus pasos al espacioso salón de la casa. Allí sonaba la música. Un *long-play* del sempiterno Sinatra. Charlotte frente al tocadiscos. No estaba sola. Un individuo abrazaba a una muchacha en el sofá. Otro individuo preparaba combinados en el mueble-bar, ayudado por una exuberante pelirroja.

—¡Eh, Perry! —exclamó la muchacha del sofá—, ¡Dile a Charlotte que cambie de música! ¡Estamos hartos de canciones románticas!

McNicol quedó unos instantes bajo el umbral. Encendiendo un cigarrillo a la vez que contemplaba a los allí reunidos.

Albert Fishburne y Bess Cavanaugh. Dos de sus fieles colaboradores. Ajenos a las directrices de Arthur Griggs. Este continuaba en El Paso. Dos hombres que lo obedecían ciegamente. Charlotte, Margaret y Nancy. Tres muchachas para alegrar la vida de cualquier hombre.

De aquel grupo irían saliendo los candidatos para Allen Warden.

—Algo le ocurre a tu chica, Perry —rió Bess Cavanaugh—, ultimando uno de los combinados—. Está en plan melancólico. ¿Por qué no la animas un poco?

McNicol se aproximó.

Con un lascivo brillo en la mirada.

—¿Es cierto eso, Charlotte? ¿Estás triste?

—No… Un poco cansada…

—¿De veras? —McNicol había posado su diestra sobre la mejilla de Charlotte. La deslizó hasta acariciar los senos femeninos—. Yo tengo el remedio, nena. Un buen masaje, ¿qué te parece? Espérame en el dormitorio.

—Yo no…
—¡He dicho que esperes en el dormitorio!
Charlotte inclinó la cabeza.
Con lento paso, casi arrastrando los pies, abandonó el salón. Al cruzar el *hall* dirigió una instintiva mirada hacia la escalera que conducía al piso superior. Arriba continuaba Allen Warden. Sin casi dejarse ver. Algo extraño ocurría allí arriba. También resultaba inquietante para Charlotte la desaparición de Sidney Marks. Según McNicol lo había enviado a Fort Worth, pero eso no era cierto. Sidney Marks y Charlotte mantenían una buena amistad. No se hubiera ido sin despedirse de ella.
Charlotte dudó en subir por aquella escalera. Sólo una fracción de segundo. De inmediato olvidó la idea. Tenía demasiado miedo a McNicol para desobedecerlo.
Acudió hacia una de las puertas del corredor.
Aquel enorme caserón contaba con varias habitaciones en la planta baja. La mayoría, a excepción del despacho y el salón, acusando el haber estado sin habitar. Habitaciones para invitados.
Charlotte penetró en la estancia cerrando tras de sí.
Un dormitorio. De reducidas dimensiones. Sólo espacio para la cama de artística madera, un juego de mesas de noche, el armario y un lavamanos. Perry McNicol había elegido aquella habitación por disponer de teléfono. Sólo allí y en el despacho había aparato telefónico.
Charlotte se sentó al borde del lecho.
Con la mirada fija en el teléfono.
De buen grado marcaría el número de Eddie Hackford. Rogándole que acudiera en su busca. De que la sacara de allí.
No lo intentó.
Se incorporó acudiendo frente al armario deslizando la hoja corredera. Hasta la mitad de su recorrido.
En el interior del mueble ropa de McNicol y de ella.
Charlotte comenzó a desabotonarse el vestido.
Resignada a su encuentro con Perry McNicol.
El vestido cayó a sus pies. Charlotte quedó con dos diminutas piezas. Sujetador y slip en encaje negro transparente con finísimos bordados en rojo. Se inclinó para recoger el vestido.
Y fue entonces cuando escuchó el gemido.
Muy débil.
Un lastimero lamento lejano. Como procedente del más tenebroso de los abismos.
Charlotte quedó inmóvil. Sin atreverse a levantar. Lo hizo lentamente. Con la mirada fija en el armario. La vestimenta de las perchas le parecía tener vida propia. Parecían moverse.

Y de nuevo el susurrante gemido.

El lamento.

Un sonido gemebundo e infrahumano.

Charlotte, aterrada, se precipitó hacia la mesa de noche. Atrapó el auricular tecleando nerviosa un número en el dial. Mientras esperaba respuesta dirigió una angustiosa mirada a su alrededor. No había nadie en la estancia. Sin embargo, le llegaba un fétido hedor. Un olor penetrante. Al de una bestia que…

—¿Si?

—¡Eddie…! ¡Tienes que sacarme de aquí! —gritó Charlotte, al recibir respuesta por el micro—. ¡Tienes que…!

Un vaho.

Un caliente jadear tras la nuca de Charlotte.

Muy próximo.

La muchacha giró. Y una indescriptible mueca de terror desencajó sus facciones. Gritó en desgarrador alarido. Contemplando con desorbitados ojos a la monstruosa criatura que se abalanzaba sobre ella. Percibió como unas *garras de afiladas uñas* se posaban sobre sus senos arrancándole la piel a jirones. Y luego los amarillentos colmillos. Las pestilentes fauces…

Aquellos punzantes colmillos se hundieron salvajemente en el cuello de Charlotte, silenciando su desgarrador alarido.

*

—¿Quién… quién puede haber hecho semejante cosa?

La pregunta de Albert Fishburne quedó momentáneamente sin responder.

Perry McNicol no sabía qué contestar. Estaba pensando en alguno de los animales mutantes. En esas horribles criaturas del doctor Sternberg. Tal vez alguna logró escapar de su jaula y…

—Un perro salvaje —dijo Bess Cavanaugh—, Sin duda ha entrado un perro salvaje en la casa y…

Los tres hombres estaban contemplando el ensangrentado cuerpo de Charlotte. Tenía la garganta destrozada. Sangrando a borbotones por un enorme boquete. El pecho desgarrado. Sanguinolentos y profundos surcos desde los senos al vientre. Jirones de piel descubriendo rojiza carne.

—Sí… Sin duda un perro salvaje —murmuró McNicol—. Hemos acudido apenas oír gritar a Charlotte. Y aquí no había nadie. Un *perro* famélico *que logró entrar* y salir por los barrotes de la ventana. Margaret y Nancy no deben saber lo ocurrido. Es preferible que lo ignoren.

—¿Qué hacemos con ella?
—Llevarla al cementerio.
—¿Otra vez? —rió nerviosamente Bess Cavanaugh—. Allí ya hemos enterrado al doctor Sternberg y a Burnett. De seguir así vamos a completar todas las vacías tumbas.
—Un cementerio es el mejor lugar para un cadáver —replicó McNicol, secamente—. ¡Lleváosla…! Yo iré junto a Margaret y Nancy para tranquilizarlas. Charlotte ha sufrido un ataque de nervios y le hemos proporcionado un calmante, ¿de acuerdo?
Albert Fishburne hizo una mueca.
—Seguro… Va a dormir eternamente.
Perry McNicol no hizo comentario alguno. No estaba de humor. Demasiado impresionado por lo ocurrido. Cuando tranquilizara a Margaret y Nancy acudiría junto a Allen Warden a investigar lo ocurrido.
Cavanaugh y Fishburne procedieron a envolver el cadáver en una de las sábanas del lecho. Esperaron a que McNicol hubo desaparecido en el salón junio con las dos muchachas para salir de la habitación.
Abandonaron la casa por la puerta trasera.
Amparados en la oscuridad de la noche. Una noche de negras sombras. Acentuada por aquellos altos cipreses y la frondosidad del jardín.
Caminaron con su macabra carga hacia la muralla.
—Oye. Bess…
—¿Si?
—Esta parte de la muralla… Cuando sacamos al doctor Sternberg y a Burnett… ¿No te fijaste? Hay una especie de salientes… unos peldaños… Como si se utilizara con frecuencia para entrar y salir hacia el cementerio.
—¿Y qué? Puede que al tal doctor Sternberg le gustara visitar el cementerio.
—A mí no me agrada.
Cavanaugh rió burlón.
—¿Tienes miedo, Albert? ¿Miedo a los muertos? Tú eres un profesional. Has enviado a muchos al infierno. Y de allí nadie regresa.
Salvaron la muralla utilizando aquella especie de peldaños mencionados por Fishburne.
La sábana se iba tiñendo paulatinamente de rojo.
Iniciaron el ascenso a la cercana colina. Pronto alcanzaron las primeras tumbas. Tumbas abandonadas y semidestruidas. Panteones derribados. Nichos ocultos por hierbajos…
—Aquí mismo, Bess… ¿Por qué buscar más? Aquí hay una fosa…
Cavanaugh entornó los ojos.
Pugnando por taladrar la oscuridad de la noche.

—¿Es profunda…? Si luego tenemos que cubrirla…

Depositaron el cadáver en el suelo. Y ambos se acercaron a la fosa inclinándose sobre la reseca tierra.

Albert Fishburne respingó.

—¡Por todos los…! ¡Hay… hay algo ahí abajo, Bess…! ¡Un muerto!

Cavanaugh se inclinó un poco más.

Ciertamente parecía que alguien reposaba en el fondo de la fosa. Algo que comenzó a moverse. Algo que emitía infrahumanos gruñidos. Algo que al agitarse despidió nauseabundo hedor.

Cavanaugh y Fishburne intentaron retroceder e incorporarse.

No fueron lo suficiente rápidos.

Unas engarfiadas zarpas de gris pelaje fueron hacia ellos. Atenazándolos con fuerza y obligándolos a caer al interior de la fosa. Y para ellos fue como si se precipitaran en el último de los círculos del infierno.

Capítulo XI

KATHRYN se había hecho cargo del volante. Y asombró a Eddie Hackford demostrando magistral pericia conduciendo. La acentuó al dejar atrás la zona de mayor tráfico. Al adentrarse en Barrio Wyler. Allí pisó a fondo el pedal del gas. Maniobrando a suicida *velocidad.*

Hackford entornó los ojos.

Dirigiendo una suspicaz mirada a la muchacha.

—Quieres entrar en el cine como doble, ¿verdad? Rodando las escenas peligrosas. Maldita sea… ¿quién diablos eres tú?

—Kathryn Streep, agente del FBI.

Eddie Hackford ni tan siquiera parpadeó.

—Lo imaginaba. Ya me sorprendió hacer una con quista tan fácil. Y tú no me parecías una chica del Royal Flush.

—Yo sí me equivoqué contigo —respondió la joven, con una sonrisa—. Te creía uno de ellos. Un hombre de McNicol. Al verte conversar tan animadamente con Charlotte…

—Comprendo. Ya que Charlotte no te conducía hasta el tal McNicol, querías llegar a él utilizándome a mí.

—También yo quedé sorprendida por tu apartamento en el Hoxie Building. No era el más apropiado para un sicario de Perry McNicol. ¿Qué relación te une con Charlotte?

—Me estaba proporcionando datos para mi próxima novela. ¿Qué puede haberle ocurrido? Su grito todavía me hace estremecer. Era como si se encontrara frente al mismísimo Satanás.

El rostro de Kathryn se ensombreció.

—El FBI lleva mucho tiempo tras Paul Hawkins. *Sin conseguir jamás darle caza. Siempre vulgares* peones de la organización. Nuestro servicio de información nos habló de Perry McNicol. *Un* hombre de Hawkins establecido en Dallas. Le pusimos cerco. Luego ocurrió lo de Elissa Scott. Una joven que traicionó a Hawkins. Ella y un tal Fred Bottoms. Elissa apareció muerta en horribles circunstancias. Seguro obra de los hombres de Hawkins. Acentuamos nuestro cerco tratando de localizar a Bottoms, adelantarnos a ellos…: pero sin *éxito. Sin duda es ya cadáver. Paul Hawkins se* desplazó desde Los Angeles y… ¡cielos! ¡Hay fuego en el caserón!

El auto circulaba a gran velocidad por Sheen Road.

Y la parte del caserón que asomaba por encima de la muralla, entre los cipreses, aparecía envuelta en llamas. El fuego era vomitado por los ventanales de la buhardilla.

Kathryn maniobró girando el volante. Con intención de entrar por la verja de la muralla. Y cuando los fa ros iluminaron abierta tan sólo una de las hojas, ya era demasiado tarde para frenar. Chocó contra los hierros.

Descendieron del auto emprendiendo veloz carrera por el sendero que conducía a la casa.

Eddie Hackford, en largas y rápidas zancadas, aventajaba a la chica del FBI. Esta, percatándose de ello, lo llamó.

—¡Eddie…! ¡Toma! Kathryn había abierto su bolso de mano apoderándose de un revólver del treinta y ocho que arrojó a Hackford.

La puerta del caserón estaba cerrada. Eddie Hackford golpeó repetidamente con la culata del revólver. Le llegaron unos gritos femeninos. Bordeó la casa encontrando la puerta trasera. Esta sí permanecía abierta. Al menos cedió al violento empuje de Hackford.

Ya en el interior de la casa los gritos femeninos resultaron más audibles. Sonaban tras una de las puertas del *hall*. Eddie Hackford se dirigió hacia allí. Ya seguido de Kathryn.

La llave estaba en la cerradura. La hizo girar empujando la hoja de madera. Enfrentándose a dos muchachas.

Margaret y Nancy.

Llorando y gritando histéricas.

—¿Dónde está Charlotte? —interrogó Kathryn—. ¿Dónde está McNicol?

—Charlotte… está en una de las habitaciones del pasillo —dijo Nancy, entre sollozos—. Perry oyó gritar a Allen Warden y corrió arriba… nos dejó aquí encerradas… luego… luego empezamos a oler a quemado y…

—¡Busca a Charlotte, Kathryn! —dijo Hackford—. ¡Yo me encargaré de McNicol!

—¡McNicol es asunto mío…! ¡Eddie!

Hackford hizo caso omiso a la llamada de la chica del FBI.

Corrió escaleras arriba.

Las llamas dominaban la escalera de caracol que conducía a la buhardilla y también una de las habitaciones. De allí brotaban grandes bocanadas de fuego, una habitación situada frente al rellano.

Eddie Hackford escuchó los gritos.

Desgarradores alaridos.

Y Hackford no lo dudó Sin pensar en el peligro cruzó aquel túnel de fuego. Adentrándose en la estancia. Se encontró ante un laboratorio. Las llamas, aunque alcanzaban toda la sala, parecían tener su origen en el fondo. Junto a una recámara. Y de allí, por encima del estridente crepitar, llegaban los infrahumanos gemidos. Gritos que no parecían humanos.

Hackford avanzó esquivando el fuego.

Sobre una mesa de operaciones descubrió un cuerpo inmóvil. Envuelto en llamas. Y en el suelo, respetado aún por el fuego, el ensangrentado cadáver de un individuo. Horriblemente mutilado. Convertido en una deforme masa sanguinolenta.

Eddie Hackford reaccionó al oír los gritos dolor.

Y procedente de la recámara apareció Perry McNicol. Aullando. Convertido en antorcha humana. Cayó casi a los pies de Hackford. Retorciéndose Dominado por las llamas.

Y cuando Eddie Hackford se disponía a socorrerlo…

Quedó inmóvil.

Paralizado por el terror.

En el umbral de entrada a aquella recámara había surgido una monstruosa figura. La de una horripilante criatura de abundante pelaje gris. Semiencorvada. Con los ojos llameantes y escupiendo espuma por la boca. Mostrando unos amarillentos colmillos. Totalmente desnudo. Un cuerpo peludo. Manos convertidas en mortíferas garras de curvas y afiladas uñas… Emitiendo de su garganta roncos e infrahumanos gruñidos.

—¡Santo Dios…! ¡Atrás, Eddie…! ¡Dispara!

La voz de Kathryn pareció hacer reaccionar a Hackford.

Comenzó a retroceder.

Y aquel espeluznante hombre-bestia fue tras Hackford. Alargando sus zarpas. Acentuando los gruñidos.

Eddie Hackford apretó el gatillo.

Una y otra vez.

Hasta vaciar el cargador, pero sin lograr detener el avance de la bestia. El monstruo, aunque torpemente, continuaba en pie.

Hackford y Kathryn ya habían salido del laboratorio. Esquivando las llamas. El fuego si alcanzó al hombre-bestia. Prendiendo en su abundante pelaje gris. Su alarido fue escalofriante. Alzó los brazos precipitándose contra la baranda y cayendo desde lo alto.

Hackford y Kathryn descendieron la escalera.

Fue Eddie Hackford quien arrojó una cortina sobre la monstruosa criatura apagando las llamas. Y le vio abrir los ojos. Mover aquella espeluznante boca. La expresión feroz de su rostro había desaparecido. Sus ojos también habían eclipsado el infernal brillo.

—¡Dios mío…!

Hackford y Kathryn intercambiaron una perpleja mirada.

Sorprendidos de aquellas dos palabras en boca de la bestia.

—¿Quién eres? —preguntó Hackford.

—Soy… Ralph Sternberg… el hijo del doctor Sternberg…

El hijo del doctor Brian Sternberg murió en un accidente —dijo Kathryn—. Hace unos cinco años. Una explosión en el laboratorio. Ocurrió en Lubbock. Ralph Sternberg quedó convertido en cenizas.

—Esas… esas cenizas pertenecían a… a la primera de mis víctimas… Yo colaboraba con mi padre en los alucinantes experimentos de implantación de genes humanos… Quise… demostrar una teoría… contra el consejo de mi padre… Genes de lobo… Mi

padre descubrió un tratamiento que agilizaba la mutación, pero no se atrevía a experimentarlo… Fue un error mío… Me equivoqué en la dosis… Me transformé en un nuevo Heyde…

Un ronco estertor quebró la voz del monstruo.

Se hizo más débil.

—Ahora… ahora es uno de mis pocos momentos de lucidez… He vivido como un loco estos últimos cinco años… bajo mis instintos de hombre-lobo… atacando muchachas, violándolas, destrozándolas… Y mi padre ocultando mis crímenes… refugiados en este caserón… escondiendo los cadáveres de mis víctimas una y otra vez… Mi padre… luchando por encontrar remedio a mí mal… experimentando para volverme a la normalidad… Implorando a Dios… y en el momento de su muerte suplicando a Satanás… Yo presencié su muerte… Esos hombres… los que invadieron nuestro refugio… mataron a mí padre y yo he acabado con ellos… Ya todo ha terminado… Mi atormentado gemir… mi enloquecedora angustia… mi demente destrucción… Ya estoy fuera del infierno…

Un vómito de negruzca sangre ahogó las últimas palabras de Ralph Sternberg.

La bestia había muerto.

EPILOGO

KATHRYN ahogó un suspiro.

—Y eso es todo, Eddie. Buen tema para una de tus novelas, ¿verdad?

—Me faltan datos.

—¿Datos? El FBI ha hecho una lógica versión de los hechos. Elissa intenta robar en el caserón. Justo en el momento en que Sternberg busca a su hijo. Pide el coche a Elissa creyendo que Ralph está fuera. Al regresar… encuentra el destrozado cuerpo de Elissa. Lo lleva hasta el Loy Park. Al igual que había hecho en otras ocasiones. Esconder los cadáveres. Hemos investigado en el cementerio abandonado de la colina. Se está trabajando en ello. Colaborando con el Departamento de Desaparecidos. Se están identificando a jóvenes desaparecidas. Ese caserón fue una buena compra para los Sternberg. El continúa experimentando deseoso de salvar a su hijo. Y Ralph…

Kathryn hizo una pausa.

Bebió un sorbo del gin-tonic. Esperando alguna pregunta de Hackford. Al no recibirla, prosiguió:

—Tenemos un plano del caserón. Hemos descubierto túneles secretos. Galerías bajo los cimientos. Túneles que llegaban hasta la colina del cementerio. Entradas secretas en las habitaciones de la casa. La mayoría de ellas ocultas bajo las camas. Una plancha en el suelo que se deslizaba con suavidad… Ralph era el dueño y señor de esas cavernas. Convertido en auténtico hombre lobo… Aquel era su reino. Y al verlo profanar inició la venganza. También para castigar la muerte de su padre. Allen Warden. Perry McNicol, Charlotte, Cavanaugh, Fishburne… Tú estás al corriente de todo. Eddie. Te he mostrado espeluznantes fotografías de los animales mutantes encontrados vivos en el caserón. Otros fueron pasto de las llamas y…

—Sé todo eso —cortó secamente Hackford—, Y tengo facultades para imaginarme los puntos oscuros.

—¿Entonces…? Has dicho que te faltaban datos.

—Correcto. Cuando me pongo frente a la máquina, debo creer en lo que voy a escribir. Y me resulta muy difícil comprender cómo el hombre quiere imitar a Dios. El crear horribles criaturas. El jugar con genes humanos… No. Kathryn. No escribiré esa historia. Seguiré con la novela ya iniciada. Y hablaré de Charlotte. De su triste final. Una bella muchacha que he visto destrozada en uno de los cajones de la Morgue. Una vida ya marcada por el Sindicato del Vicio.

Kathryn dejó el vaso sobre la mesa.

Fijó la mirada en Hackford a la vez que le echaba los brazos al cuello.

—¿Sabes una cosa, Eddie? Eres un gran tipo. Me gustas. El FBI

sigue luchando contra organizaciones como la de Hawkins. Tú, con tus escritos, también colaboras en la batalla contra esa lacra social.

Hackford sonrió.

Atrajo a la muchacha contra sí.

—Ya puestos a ser sinceros… Tú eres el más encantador agente del FBI que he conocido. Preparas unos exquisitos platos combinados y… por cierto, ¿qué tal se te da el limpiar la casa? No tienes más que mirar el apartamento. Necesito que alguien cuide de él… y de mí. ¿Qué respondes?

Kathryn no respondió.

Tampoco Hackford esperó la contestación.

Habían unido sus labios.

Apasionadamente.

Casi con desesperación. Como anhelantes por olvidar los anteriores días de pesadilla. Por borrar de sus mentes la alucinante historia de horror y muerte del siniestro doctor Sternberg.

FIN

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio ...

ROJO

suspense...

ROJO

acción ...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.

Impreso en España